



Este libro es un esfuerzo por responder una pregunta: a diez años de la firma del Acuerdo de Paz entre el Gobierno y las FARC-EP, ¿quiénes y cómo sostienen la paz –a veces frágil– en los territorios?

Con la paz entre las manos cuenta cómo líderes y lideresas del Caquetá, Huila y el sur del Tolima han decidido cuidar lo pactado y reconstruir la confianza que la guerra se llevó, a través de la memoria, los tejidos, los cultivos, la unión entre mujeres, los acuerdos y el conocimiento tradicional.

Un libro-testimonio de cómo el liderazgo territorial ha permitido que la vida prevalezca, acompañado de imágenes y retratos de quienes sostienen la paz, que ponen rostro, cuerpo y territorio a estas historias de resistencia y cuidado.

ISBN digital: 978-958-5192-21-8



Con el apoyo de:



Con la paz entre las manos

Historias que sostienen la vida

Con la paz entre las manos

*Historias que
sostienen
la vida*



Con la paz entre las manos

Historias que sostienen
la vida

CON LA PAZ ENTRE LAS MANOS

Historias que sostienen la vida

Primera edición, marzo de 2026

La Agencia de Cooperación Internacional de Corea (KOICA)

Oficina Colombia

https://www.koica.go.kr/sites/col_en/index.do

Jung-Wook Lee, Director

Hyun-Suk Kim, Subdirector

Rebecca Yun-Kyoung Kim, Gerente de proyecto

Equipo técnico KOICA

Germán Ricardo Agudelo / Oficial de proyectos

Laura Natalia Bohórquez Roncancio / Oficial de Comunicaciones y Diseño

Organización Internacional para las Migraciones (OIM)

Misión en Colombia

<https://colombia.iom.int>

Fernando Medina Donoso, Jefe de Misión

Denisse Velázquez, Jefa de Misión Adjunta

Felipe Roldán, Coordinador del Programa de Paz, Estabilización y Recuperación (PER)

Equipo técnico OIM

Nini Johanna Cortez Perdomo, Asistente Sénior Territorial

Dong-Gyu LEE, Oficial de Monitoreo y Evaluación OIM

Lina Katherine Acosta Huerfía, Enlace Territorial Sur Tolima

Yanira Sánchez Galindo, UNV Enlace Territorial

Adriana Correa, Oficial Nacional de Medios y Comunicaciones

Valentina Muñoz Zúñiga, UNV Especialista en Comunicaciones

María Fernanda Arévalo Salas, Contratista comunicaciones

María Paula Durán Rubiano, Contratista comunicaciones

Agencia de Renovación del Territorio (ART)

<https://www.renovacionterritorio.gov.co/>

Raúl Delgado Guerrero, Director General

Equipo técnico ART

Oficina de Comunicaciones

Equipo subregional Cuenca del Caguán y Piedemonte

Equipo subregional Sur del Tolima

Producción y realización:

Mnesia Films

Andrés Orozco Quintero / Producción creativa y ejecutiva

Carolina Gutiérrez Torres / Redacción e investigación

Abelardo Gómez Molina / Corrección de estilo

César Augusto Romero Aroca / Fotógrafo y realizador audiovisual

María Fernanda Arévalo Salas / Fotógrafa

Didier Pulgarín / Diseño gráfico, Ilustraciones y diagramación

Mimética, Impresión

ISBN digital: 978-958-5192-21-8

©Organización Internacional para las Migraciones (OIM), 2026.



Reservados todos los derechos.

La presente publicación está disponible en virtud de la licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivs 3.0 IGO (CC BY-NC-ND 3.0 IGO).* Si desea más información, consulte los derechos de autor y las condiciones de utilización. La presente publicación no podrá ser utilizada, publicada o redistribuida con fines comerciales o para la obtención de beneficios económicos ni de manera que los propicie, con la excepción de los fines educativos, por ejemplo, para su inclusión en libros de texto.

Autorizaciones: Las solicitudes para la utilización comercial u otros derechos y autorizaciones deberán enviarse a iombogotapress@iom.int.

Cómo citar: Organización Internacional para las Migraciones (2026). Con la Paz entre las manos, Bogotá, OIM

La OIM está consagrada al principio de que la migración en forma ordenada y en condiciones humanas beneficia a los migrantes y a la sociedad. En su calidad de organismo intergubernamental, la OIM trabaja con sus asociados de la comunidad internacional para: ayudar a encarar los crecientes desafíos que plantea la gestión de la migración; fomentar la comprensión de las cuestiones migratorias; alentar el desarrollo social y económico a través de la migración; y velar por el respeto de la dignidad humana y el bienestar de los migrantes.

Esta publicación fue posible gracias al apoyo de la Agencia de Cooperación Internacional de Corea (KOICA), en el marco del Convenio N° FIP-011 - Proyecto “Sosteniendo la Paz”, implementado por la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) en alianza con la Agencia de Renovación del Territorio (ART). No obstante, las opiniones expresadas en esta publicación no reflejan necesariamente las políticas oficiales de KOICA, la OIM o la ART.

Las opiniones expresadas en las publicaciones de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) corresponden a los autores y no reflejan necesariamente las de la OIM. Las denominaciones empleadas en esta publicación y la forma en que aparecen presentados los datos que contiene no implican, juicio alguno por parte de la OIM sobre la condición jurídica de ningún país, territorio, ciudad o zona citados, o de sus autoridades, ni respecto del trazado de sus fronteras o límites.



Contenido

Introducción	9
Prólogo	15
Apostar por la paz: cuando acompañar los territorios se convierte en una decisión	17
Cuidar la paz: la esperanza que se teje en lo local	19
Construyendo y sosteniendo la paz	21
Capítulo 1: Caquetá	25
Sostener la paz a través de la memoria	33
Sostener la paz uniendo la fuerza de las mujeres	49
Capítulo 2: Huila	67
Sostener la paz firmando acuerdos	77
Sostener la paz desde el canto y la siembra	93
Capítulo 3: Tolima	111
Sostener la paz con el conocimiento indígena	121
Sostener la paz con el tejido	139
Reflexión final	153

Introducción

Hace diez años, Colombia marcó un hito en su historia reciente.

El Presidente de la República y el entonces máximo comandante de las FARC-EP se estrecharon la mano tras la firma del Acuerdo de Paz, simbolizando el cierre de un largo ciclo de confrontación armada. Más de 13.600 personas dejaron la guerra y miles de armas fueron entregadas. Para un país profundamente afectado por la violencia, ese momento abrió un horizonte de esperanza y la posibilidad real de transitar hacia la paz.

¿Qué pasó después de esa firma? ¿Qué ha ocurrido en los territorios donde, durante sesenta años, la guerra impactó profundamente la vida cotidiana? ¿Qué pasó con los más de diez millones de víctimas del conflicto armado, casi el 20 % de la población del país, según la Comisión de la Verdad? ¿Qué sucedió con quienes firmaron la paz y se quedaron cuidando lo pactado? ¿Cómo se han sostenido en pie los pueblos y las comunidades que tuvieron que reconstruir la vida mientras atendían sus heridas?

“Con la paz entre las manos” busca abrir caminos de respuesta a estas preguntas a través de las historias de vida de un grupo de líderes y lideresas que no han permitido que la paz –a veces frágil, inestable– se desvanezca. Personas que asumieron la defensa de la dignidad humana y del territorio que habitan.

Lo que aquí se relata nace de “Sosteniendo la paz”, una apuesta financiada por la Agencia de Cooperación Internacional del Gobierno de Corea (KOICA), implementada por la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) y la Agencia de Renovación del Territorio (ART), con el apoyo de la Unidad Policial para la Edificación de la Paz (UNIPPEP).

Así, acompañamos a hacer realidad 137 iniciativas de Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial (PDET)

dibujadas por la propia gente: propuestas que buscan rescatar la memoria de los pueblos heridos para que no se repitan otra vez. Propuestas para adecuar espacios seguros para mujeres y niñas, para pueblos indígenas y afrodescendientes y población diversa: casas de la mujer, casetas comunales, centros de cultura y espirituales. Propuestas que, sobre todo, permitieron volver a pensar en colectividad después de una guerra que rompió los hilos comunitarios y sembró la desconfianza institucional, y en todo sentido.

Estos espacios son, en muchos casos, lugares soñados y buscados por años. Casas y proyectos anhelados porque eran la posibilidad del encuentro, de la creación colectiva, de la organización que garantiza la vida digna y el sostenimiento de la paz.

La paz aparece aquí como un ejercicio diario de organización, gobernanza y cuidado de lo común. El de Dilan, Isabel, María Esilda, María Ximena, Erika, Malán y Marinella, que sostienen la vida y la paz a través de la memoria, los tejidos, los cultivos, la unión entre mujeres, los acuerdos y el conocimiento tradicional.

Las historias están situadas en Caquetá, Algeciras (Huila) y el sur del Tolima, territorios priorizados por los Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial (PDET), creados por el Acuerdo de Paz para, además de estabilizar y desarrollar la zona rural, promoviendo la transformación integral mediante la participación comunitaria, acompañar a regiones profundamente impactadas por la guerra en procesos de reconciliación, reconstrucción de la convivencia y transformación cultural hacia la paz.

Este libro es testimonio de cómo el liderazgo territorial, desde los diferentes enfoques diferenciales, ha permitido que la vida prevalezca.

Prólogo

Apostar por la paz: cuando acompañar los territorios se convierte en una decisión

La decisión de apostar por la paz nunca es neutra ni automática. Implica tomar partido por la vida, por los procesos lentos y por las transformaciones que no siempre son visibles de inmediato. KOICA decidió acompañar la construcción de paz en Colombia precisamente por eso: porque entendió que, más allá de los acuerdos firmados, la paz real se juega en los territorios y en la vida cotidiana de las personas que los habitan.

Colombia es un país que ha convivido durante décadas con el conflicto armado, pero también con una enorme capacidad de resiliencia. En regiones como Caquetá, Tolima y Huila, el impacto de la violencia se entrelazó con la desigualdad, la exclusión y la fragilidad institucional. Allí, la paz no podía pensarse como un punto de llegada rápido, sino como un proceso que exige presencia sostenida y escucha. KOICA encontró en estos territorios no solo necesidades urgentes, sino comunidades con saberes, liderazgos y voluntad de transformar su historia.

Desde su propia experiencia como país que atravesó la guerra y la reconstrucción, La República de Corea reconoce que la paz duradera requiere tiempo, cohesión social y oportunidades reales. Esa memoria histórica es una de las razones que impulsan a KOICA a involucrarse en contextos de posacuerdo: porque sabe que el desarrollo y la paz no se imponen, se acompañan. Acompañar significa caminar junto a las comunidades, respetar sus ritmos y fortalecer

sus capacidades para que los cambios perduren más allá de cualquier proyecto.

Este libro recoge historias que explican mejor que cualquier informe por qué esa apuesta tiene sentido. En las voces de quienes han vivido el conflicto y hoy construyen alternativas, se revela una convicción compartida: la paz es posible cuando alguien decide quedarse, escuchar y creer en los procesos locales. Ahí es donde KOICA eligió estar.

—

JungWook Lee

Director de KOICA Colombia

Cuidar la paz: la esperanza que se teje en lo local

Ha pasado una década desde que Colombia se atrevió a soñar con el fin de una guerra de sesenta años. Hoy, ese sueño no reposa en los anaqueles de la historia, sino, como muestra este libro, en cada uno de los colombianos, y en especial, en las manos laboriosas de quienes habitan el campo. Como Jefe de Misión de la OIM en Colombia, he tenido el privilegio de acompañar, en los últimos 3 años este proceso, y puedo asegurar que la paz no es un evento estático que se firmó en una capital; es un ejercicio cotidiano de convicción, paciencia, coraje y voluntad de reconstrucción.

Este libro, “Con la paz entre las manos”, es el testimonio vivo de “Sosteniendo la Paz” - una iniciativa conjunta de OIM y la Agencia de Cooperación Internacional de Corea, (KOICA), desarrollada para fortalecer los esfuerzos de construcción de paz liderados desde el Estado colombiano y la sociedad civil. Al recorrer estas páginas, el lector no encontrará relatos sobre la guerra, sino crónicas sobre la resiliencia y la reconciliación donde sus protagonistas están transformado el futuro desde de lo local.

Los lugares donde se desarrolló esta iniciativa han vivido de cerca las consecuencias de la guerra, de una presencia estatal reducida, de desigualdades significativas y del impacto de la violencia en el tejido social. Estamos ayudando a remendar los hilos que la violencia rasgó en Caquetá, Huila y el sur del Tolima, transformando la desconfianza en lazos de vida.

Nuestra brújula en este camino es la articulación entre la acción humanitaria, el desarrollo sostenible y la construcción de paz. Entendemos que no basta con brindar asistencia de emergencia para salvar vidas hoy. Esta debe traducirse en herramientas para que las personas prosperen de manera autónoma a largo plazo y en procesos que sanen las heridas de la sociedad para evitar que la violencia se repita. Trabajamos en los territorios, poniendo los derechos, las personas y las comunidades en el centro, reconociéndolas como protagonistas de sus propios procesos de reconciliación y desarrollo territorial.

Así, en las páginas de este libro, el lector comprenderá que no hay paz sostenible sin la autonomía e integración que Erika y Malán logran a través de su café, y que Marinella cultiva desde el canto y la siembra en Algeciras, Huila; no habrá futuro sin la memoria que el joven guardián Dilan rescata en San José de Fragua, Caquetá; y no habrá reconciliación sin la sabiduría ancestral de lideresas como María Ximena de Chaparral, Tolima o el arte sanador de María Esilda de Rioblanco, Tolima.

Las voces que aquí aparecen pertenecen a quienes, desde lo cotidiano, sostienen la vida comunitaria, recuperan la confianza y abren nuevos espacios de encuentro. Sus experiencias muestran que la paz también se expresa en gestos simples, en la solidaridad entre vecinos, en la reconstrucción de los vínculos y en la decisión diaria de seguir apostando por la convivencia. En Colombia, la esperanza no es una idea lejana; es una realidad en pleno movimiento que se palpa en cada rincón donde una comunidad decide, unida, cuidar la paz.

—

Fernando Medina Donoso

Jefe de Misión - Colombia

Organización Internacional para las Migraciones (OIM)

Construyendo y sosteniendo la paz

Hace un poco más de 9 años, en una gran noticia para Colombia y el mundo, se firmó el Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera, suscrito entre la entonces FARC-EP y el Estado Colombiano. Uno de los puntos de mayor importancia para la implementación del Acuerdo, es la construcción los Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial (PDET), porque permiten beneficiar los territorios más afectados por la pobreza, la violencia, los cultivos de uso ilícito y otras economías ilegítimas, y la debilidad institucional.

El Decreto Ley 893 de 2017 definió 170 municipios de Colombia, agrupados en 16 subregiones, como beneficiarios de los PDET. La coordinación institucional para su implementación fue encomendada a la Agencia de Renovación del Territorio (ART), institución que, por decisión del presidente Gustavo Petro, actualmente dirige.

En los territorios PDET, que ocupan más de un tercio de la geografía nacional, viven más de 5 millones de compatriotas, y algo a resaltar es que en estos territorios tienen asiento más del 40% de los sistemas ambientales estratégicos, fundamentales para la sostenibilidad de Colombia y del mundo.

El acuerdo de paz determinó que, para lograr el cierre de brechas socioeconómicas y el bienestar integral de las poblaciones, en cada subregión PDET se construiría de manera participativa un Plan de Acción para la Transformación Territorial (PATR). En el marco del desarrollo de estos planes, en las 16 subregiones se aprobaron más de 33.000 iniciativas

comunitarias agrupadas en 8 pilares, entre ellos el de reconciliación, convivencia y paz.

En este contexto, durante el año 2022 se firmó un convenio entre la ART y la Agencia de Cooperación Internacional de Corea (KOICA), entidad que aportó más de 6 millones de dólares para la financiación del proyecto “Sosteniendo la Paz”, operado por la Organización Internacional para las Migraciones (OIM). El proyecto está encaminado a la movilización e implementación de iniciativas comunitarias para la reconciliación y la construcción de paz, fundamentalmente a través del fortalecimiento de la infraestructura social y comunitaria, en los cuatro municipios de la Subregión PDET del Sur del Tolima y los 17 municipios que hacen parte de la Subregión del Caguán y Piedemonte Caqueteño.

Las iniciativas movilizadas en desarrollo del proyecto tienen que ver con la construcción y adecuación de casas comunales campesinas, casas de la mujer, espacios físicos para comunidades étnicas, centros de memoria histórica y escenarios de integración comunitaria, entendidos no como el fin en sí mismo, sino como medios para el encuentro, el diálogo social, la memoria, el ejercicio de derechos y la resolución pacífica de conflictos. Se busca que estas infraestructuras se consoliden como activos territoriales para la paz, cimentada en la reconstrucción del tejido social, deteriorado por años de violencia y conflicto.

El proyecto busca, de manera transversal, el fortalecimiento de capacidades comunitarias para la prevención de violencias y la formación de líderes y lideresas como actores fundamentales para la transformación de los territorios.

Sosteniendo la Paz, en voz de las comunidades beneficiarias, demuestra que la paz territorial es posible cuando las comunidades participan activamente en la toma de decisiones, en la ejecución directa de recursos y en el cuidado

de lo construido, y cuando el Gobierno, en sus niveles nacional, departamental y municipal, la cooperación internacional y las organizaciones comunitarias caminan juntos, con confianza, corresponsabilidad y una visión compartida de futuro.

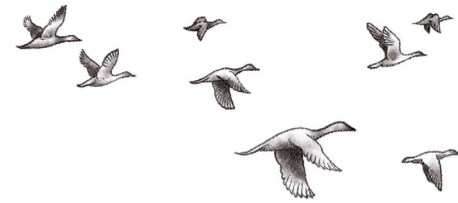
—

Raúl Delgado Guerrero

Director de la Agencia de Renovación del Territorio ART

Capítulo 1

Caquetá



*La vida se ha impuesto en Caquetá.
Es un corredor de biodiversidad y un
regulador clave del agua. Pero, sobre
todo, es un territorio sostenido por
su gente, que sueña con quedarse,
echar raíces y construir un futuro.*

En la vasta selva amazónica, que cubre el 42 por ciento de Colombia, está el Caquetá: un departamento de 88.965 kilómetros cuadrados que lo ha visto todo. Se encuentra en el extremo suroriente del país, justo al pie de la cordillera Oriental, en el punto donde la región andina cede y empieza a abrirse la llanura amazónica. Esa condición de bisagra –entre la Colombia de las cordilleras, las costas y las ciudades densas, y la Colombia de la selva húmeda, los ríos caudalosos y la infraestructura escasa– le dio un lugar estratégico para ser testigo de los hechos más relevantes de la historia reciente. A Florencia, su capital, la llaman “La puerta de oro de la Amazonía”.

En el siglo XVII vio pasar misiones religiosas que evangelizaron y fragmentaron sus culturas indígenas. En el siglo XIX, la ambición del caucho esclavizó, desplazó y asesinó a por lo menos 30.000 indígenas en toda la Amazonía. Después, la historia de violencia y despojo se repitió bajo otros nombres. La fiebre del caucho fue también la fiebre del cacao, de la quina, de la tagua, de las pieles de animales silvestres, de la pesca ornamental y de las maderas. Más adelante, sería la fiebre de los cultivos de coca y de la ganadería extensiva. Todas, fiebres de extracción sin control.

A pesar de esas heridas, la vida se ha impuesto en el Caquetá. Este territorio cumple una función ambiental única y vital para el país: es un corredor que permite el intercambio genético de fauna y flora, y un regulador hídrico. Lo bañan ríos de aguas cristalinas que nacen en la cordillera (el Caquetá, el Caguán, el Guayas, el Fragua Chorroso) y ríos de aguas turbias que emergen de la llanura (el Yarí, Ajajú, Tunía, Peneya, Cuemaní). Sus formaciones andinas y sus bosques húmedos tropicales guardan casi el 14% de las 80.346 especies registradas en Colombia; 378 de ellas endémicas, únicas de este territorio¹.

También lo habita una vasta cultura, tejida con las tradiciones de la llanura y la selva, y con el conocimiento ancestral de sus pueblos indígenas –Andaquíes, Koreguaje, Murui Muina, Inga– que, a lo largo de la historia, han sabido preservar los bosques, porque son su hogar, su alimento, su vida misma. Allí, además, se encuentran ecosistemas estratégicos para el equilibrio climático del país: 108 áreas protegidas, entre ellas el Parque Nacional Natural Serranía de Chiribiquete. Este territorio, compartido con Guaviare, alberga el complejo pictográfico más antiguo de América: unas 70.000 figuras humanas, animales, geométricas y abstractas, trazadas hace 20.000 años o más, consideradas una de las primeras expresiones pictográficas del continente².

En el siglo XX, las montañas y los ríos que lo conectan con el resto del país fueron testigos de largos y complejos viajes de campesinos e indígenas que llegaban al Caquetá por caminos inciertos, atraídos por las bonanzas, por la ilusión de poseer una tierra, por el auge de los cultivos de coca o porque la guerra los había alcanzado, obligándolos a dejarlo todo. Sus

1. Sistema de Información sobre Biodiversidad de Colombia (SIB), consulta del 5 de diciembre de 2025, <https://cifras.biodiversidad.co/caqueta>.

2. Carlos Castaño-Urbe, “Prospecciones arqueológicas en la Serranía de Chiribiquete: una aproximación al conocimiento ancestral del Centro del Mundo”, *Revista Colombia Amazónica*. Nueva Época, n.º 10 (diciembre de 2017): 79, Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas (SINCHI), <https://sinchi.org.co/revista-colombia-amazonica-x>.

bosques y sabanas también fueron testigos de la llegada y el asentamiento de grupos armados de todos los bandos, que encontraron en su geografía una trinchera, un escondite, un escenario para desplegar su fuerza.

A finales de los años sesenta, la guerrilla de las FARC-EP (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo) hizo su primera aparición en este territorio y, durante la década siguiente, consolidó su presencia y su poder³. En los ochenta, el Caquetá padeció la incursión de los carteles de Medellín y Cali, que instalaron sus cultivos y laboratorios en la selva⁴. En esa misma década llegó la guerrilla del M-19 (Movimiento 19 de Abril); en los noventa, el paramilitarismo. En 1999 fue escenario de un proceso de paz fallido con las FARC-EP. En el 2000 vio cómo la guerra tocaba fondo.

En 2016 celebró la firma de la paz con las FARC-EP y conoció una tranquilidad transitoria. Mientras tanto, su selva ardía como nunca, víctima de la expansión descontrolada del ganado, de carreteras ilegales y de los cultivos ilícitos. Para diciembre de 2025, la Unidad de Víctimas registraba 260.622 víctimas del conflicto armado en este departamento: el 61,3 por ciento de sus 425.053 habitantes.

Hoy la tierra sigue siendo el imán que atrae y, las comunidades, la barrera que resiste: las que sostienen la paz, exigen reparación, hacen memoria, buscan justicia, reconstruyen y sueñan otros destinos. En San José del Fragua, Dilan Carvajal convierte el dolor acumulado de su familia en memoria. En Belén de los Andaquíes, Isabel González vuelve la herida del abandono en acción colectiva que une a las mujeres. Ambos son una forma de sanación para la herida histórica de este territorio.

3. Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (CEV), *Colombia adentro. Relatos territoriales sobre el conflicto armado. Amazonia*, Informe final, Bogotá, 2022, 78.

4. Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad (CEV), *Colombia adentro*, 72.



**Sostener la paz
a través de la
memoria**



El agua verde vidriosa del río Fragua Chorroso corre mansa por la cara oriental de San José del Fragua. Deja ver las piedras y la arena que reposan en el fondo. Es un domingo soleado en la mañana. De pronto, un aguacero se desgaja del cielo y la gente busca refugio en las tiendas y restaurantes. “Bienvenida al Caquetá”, dice, entre risas, Dilan Carvajal (20 de marzo de 2007), 18 años, guardián de la memoria de su municipio: un pueblo de 13.800 habitantes, al noroccidente del departamento, donde más de la mitad de los pobladores han sido declarados víctimas del conflicto armado, según la Unidad de Víctimas¹.

Dilan es guardián de la memoria del municipio de San José del Fragua desde 2024. Pero, de algún modo, ha sido el guardián de la memoria de su familia desde niño, cuando empezó a oír y a guardar los detalles de todo lo que habían atravesado: el asesinato de su abuelo y de dos tíos, los secuestros de una tía, el desplazamiento de su mamá, su papá y sus tres hermanos. Él mismo, siendo muy niño, conoció el miedo cuando la guerrilla intentó tomarse el pueblo. Su primera imagen del conflicto es esa: está con su mamá y sus

.....
1. Registro Único de Víctimas (RUV), datos con corte al 14 de noviembre de 2025, <https://www.unidadvictimas.gov.co/registro-unico-de-victimas-ruv/>.



hermanos en el almacén de ropa de la familia. De pronto, se escuchan estallidos secos. Balas. “Mi mamá cerró rápido el negocio y nos llevó a la única habitación que tenía muros; decía que las balas no podían atravesarlos. Durante dos, tres horas escuchamos disparos. Y mi mamá llorando, porque no sabía nada de mi papá”.

Mientras Dilan crecía, acumulaba historias que se volvieron memoria propia: las que escuchaba en la calle o en la escuela, las que encontraba en los libros que hurgaba, las que las víctimas le contaban en su propia voz. Y también las que vivió él mismo. ¿Qué se hace con todo ese dolor acumulado? ¿Cómo se nombra, dónde se pone? Cuando una población ha vivido en medio de la guerra su existencia completa, ciertas emociones y sentimientos se endurecen o se esconden. Se imponen el silencio, la desconfianza, el miedo. ¿Para qué hablar? ¿Qué decir, si el dolor lo tocó todo? Dilan lo fue descubriendo poco a poco. Pero no fue fácil.

El cielo se vuelve una masa gris de la que se desploma una lluvia torrencial. Dilan se cruza de brazos y fija sus ojos en ella. Dice que no hay de qué preocuparse: en pocos minutos se irá y se asomará un sol intenso y abarcador, de esos que la Amazonía sabe dibujar en su cielo. Él espera desde el restaurante Malecón, donde su tía, Nubia Carvajal, vivía y administraba un billar para el año 1985. “Una vez, mi papá y mi mamá vinieron a un matrimonio en Yurayaco (un poblado aledaño) y dejaron aquí el equipaje y un paquete de pollitos. Salieron a dar una vuelta y a las dos cuabras estalló una bomba en el billar. Ahí empezó una toma que duró como de las 2:00 de la tarde hasta las 5:00 de la mañana del otro día”.

La lluvia cesa con la misma brusquedad con la que llegó. Muy rápido el pueblo retoma su rutina dominical: la misa, el mercado, el desayuno en la calle y el recorrido por el malecón que custodia al río, ahora crecido y furioso. Dilan camina hasta allí con una sonrisa contenida. “Es aquí”, dice,



señalando una lámina azul dispuesta junto al puente. Es la ruta de la memoria, un museo público que recoge, en una cronología, los años y los hechos que partieron la historia de este municipio, asediado por la guerra desde los años 60 cuando los cultivos de coca empezaron a multiplicarse. La bonanza de la coca en el sur de Colombia marcó el inicio y la permanencia del conflicto armado en esta región. Todas las guerrillas (el M-19, El Ejército Popular de Liberación-EPL y las FARC-EP) se beneficiaban en algún punto de la cadena, desde el cobro de “impuestos” a los productores hasta la comercialización de la droga.

En la segunda lámina del recorrido, que abarca una cuadra, se lee: “Memoria histórica. San José del Fragua. Mientras el murmullo del río Chorroso acompaña su caminar, los invitamos a escuchar las voces de quienes, desde el dolor, han tejido caminos de resistencia, sanación y esperanza. Cada relato es memoria viva para honrar la dignidad de las víctimas y recordar que nunca más debe repetirse el sufrimiento”. Aquí comienza la ruta de la memoria de un municipio que no olvida a las 7.037 personas desplazadas por la guerra, según el Registro Único de Víctimas.

La familia de Dilan está contada en ese número. En 2003 tuvieron que salir a la fuerza de Yurayaco, donde vivían, con lo que cabía en las manos de la madre –Edith Montero, huilense–, el padre –Iván Carvajal, caqueteño– y tres hermanos mayores. Caminaron durante dos días hasta el centro de San José luego de que un grupo de guerrilleros llegara al pueblo y diera la orden de evacuar las casas, dejar las puertas abiertas y reunir a todos en el parque central. “Los hicieron arrodillar –cuenta Dilan, que ha escuchado muchas veces este relato–. Los iban señalando mientras decían: ‘este se muere, este no’. Entraron a las casas y se robaron todo. A mi familia le dieron 24 horas para salir”.

Dilan se para frente a las placas que cuentan la historia de su pueblo y narra, con propiedad, el relato detrás de cada imagen. Señala una de ellas y cuenta que Luis Francisco Parra fue el fundador de San José, oficialmente reconocido como municipio en octubre de 1985. Cuenta que dos décadas después, en la cima del cerro más alto del pueblo, el Santuario de Nuestra Señora de Aranzazu —al otro lado del río— empezó a escribirse uno de los capítulos más complejos de esta historia. Fue instalado el Batallón Tarqui “en respuesta a la presencia del grupo guerrillero M-19 en la región”, explica la placa. Y sigue: “Bajo la excusa de buscar información sobre posibles insurgentes, los comandantes de la base implementaron prácticas represivas que afectaron gravemente a la población civil”.

El cerro de la Virgen todavía guarda muchos secretos, dice Dilan. Por ejemplo, asegura que no se ha investigado la existencia de una fosa común que, según la comunidad, reposa allí. Al mismo tiempo, Dilan reconoce que San José ha sido capaz de resignificar ese lugar y convertirlo, incluso, en un símbolo de “fe, esperanza y reconciliación”, como se lee en la Ruta de la memoria. Es un centro de ceremonia y espiritualidad. Un templo para honrar a las víctimas. Esa montaña es, también, el refugio verde de Dilan a primera hora de la mañana. Sube para ver el amanecer desde el punto más alto del pueblo. Para respirar el aire más puro.

Hacia la mitad del recorrido por la Ruta de la memoria Dilan hace una pausa prolongada. “Aquí empieza la historia de mi familia”, dice señalando la lámina con el nombre de Hipólito Carvajal Cuellar, líder comunitario e inspector en Yurayaco, su abuelo. “Lo asesinaron por no callarse”, dice, y luego lee el texto de la placa: “las FARC-EP empezaron a verlo como un estorbo, lo amenazaron más de una vez, hasta que, en 1990, un miliciano lo atacó con arma blanca en la inspección de Sabaleta, quitándole la vida”.



Junto a Hipólito Carvajal –que aparece en una ilustración con traje de chaqueta y corbata, pelo y bigote negro cuidadosamente cortados, cejas delgadas y nariz prominente– hay dos hombres con rasgos similares: sus hijos Luis Eduardo, militar, y Gentil, concejal, asesinados en 2007 y 2012. Aunque no aparece en esa lámina, su familia tampoco olvida los dos secuestros que vivió la tía Nubia María, la misma que administraba el billar junto al malecón donde estalló la bomba. Una vez a manos de la guerrilla y, otra, de los paramilitares.

A lo largo de 23 paneles, la Ruta de la memoria llama a San José del Fragua a no olvidar. Porque olvidar –como dice Dilan– es correr el riesgo de que esos hechos se repitan. Detrás del recorrido hay largas jornadas de creación, conversaciones, investigaciones y escritura de un grupo de trabajo conformado por jóvenes guardianes de la memoria, como Dilan, y miembros de la Mesa de Víctimas de San José del Fragua, acompañados por la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) en Colombia, la Agencia de Cooperación Internacional de Corea (KOICA) y la Agencia de Renovación del Territorio (ART), que apoyaron este proyecto.

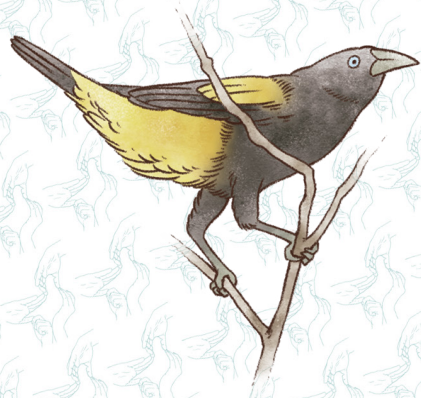
“Empezamos preguntándonos si conocíamos en el pueblo a alguien que había sido víctima. Y esa persona nos condujo a otra, y a otra, y a otra, y así fuimos enlazando poco a poco toda la historia del municipio, desde diversas perspectivas. Hicimos entrevistas y muchas personas nos decían: ‘es la primera vez que alguien se preocupa por lo que me pasó’. Esa frase la tengo tan marcada en mi pecho”. Los retazos de esta historia se juntaron entre abril y junio de 2025. Pero el Caquetá lleva mucho más tiempo intentando ordenar su memoria. En 2009, el Edificio Curiplaya –una casona de arquitectura republicana, blanca, inmensa, en el centro de Florencia– pasó a ser el Museo de Caquetá. Allí, en las salas indígena, colonos y memoria, está trenzada la historia de este territorio, que durante mucho tiempo fue contada en voz baja.

El 2 de julio, la avenida del malecón –una de las calles más concurridas del pueblo– se convirtió en un museo de memoria abierto, cercano a la gente, como quien quiere contar un relato mirando a los ojos a su interlocutor. “La comunidad queda muy impactada de ver cómo se está sacando todo a la luz de una manera tan transparente, sí. Tú estás en tu casa, sales a darte una vuelta por el malecón, a distraerte un poco, y de pronto te encuentras con que te están contando lo que pasó. Y eso hace que te sientas identificado con lo que te sucedió a ti o a tu familia”, dice Dilan.

Es domingo y por el malecón de San José caminan familias numerosas; hombres, mujeres y niños vestidos y peinados con esmero. Suena un vallenato que llena el espacio; luego una salsa, luego una bachata. Llegan bultos de frutas y verduras al mercado campesino. En los restaurantes comienza a verse movimiento, porque se acerca la hora del almuerzo, y brotan aromas de las cocinas. En medio de todo eso –de la rutina, del paisaje diario, de la vida cotidiana– está la ruta de la memoria. Eso, dice Dilan, es la prueba de que en su pueblo la memoria ocupa un lugar especial.

Podría decirse que San José del Fragua, como sociedad, ha hecho la apuesta de no olvidar y que, en esa decisión silenciosa –que habita las calles, los muros, el río, la voz de jóvenes como Dilan–, la memoria encontró el hilo capaz de unir a todas las generaciones en un suelo común: la vida es sagrada.





**Sostener la paz
uniendo la fuerza
de las mujeres**



Avakuná
SANTO DOMINGO

NANÖKORÍ

Belén de los Andaquíes es el punto donde la cordillera de los Andes se rinde y comienza a desplegarse la planicie amazónica. La mitad del municipio caquetense está custodiado por una cadena montañosa muy verde y densa. Montañas cubiertas de selva tupida que, en algunos trazos, es selva nueva, regenerada en la última década de forma natural después de haber sido potreros. En el centro está el pueblo: las calles anchas, las casas bajas, los árboles grandes y antiguos que proveen buena sombra, y en la margen izquierda del casco urbano, su río madre, el Pescado. Sobre todo eso está el silencio, un silencio sostenido a lo largo de las calles solitarias. La otra mitad del municipio es llanura amazónica que, vista desde arriba, parece un mar verde sin orillas.

Esa misma división fue, durante años, la estrategia de los grupos armados para partir el territorio y dominarlo por fragmentos: la guerrilla en la cordillera, el Ejército en el centro poblado y los paramilitares en la depresión amazónica. ¿Y la gente? Cercada. Desprotegida. En el centro del miedo y la desesperanza. En ese escenario creció Isabel González (26 de septiembre de 1989, Belén de los Andaquíes), 36 años, bióloga, defensora de los derechos de las mujeres y de la naturaleza. Ser lideresa fue el espacio que Isabel encontró para reescribir un destino que parecía inevitable: la violencia



armada había fracturado la vida comunitaria y obligado a la gente a esconderse y callar para sobrevivir; la violencia de género normalizaba el abandono y el maltrato hacia la mujer; y la violencia contra la naturaleza devoraba poco a poco la selva, que era alimento y hogar.

Isabel estudió biología en la Universidad de la Amazonía, en Florencia, y cuando terminó, regresó a Belén. Tenía un trabajo, una vida estable y tranquila, hasta que un hecho lo cambió todo. “Cuando quedé embarazada, mi pareja me dejó. Tuve que maternar sola. Y eso fue muy duro para mí. A pesar de que era profesional, con una carrera prometedora y un trabajo estable, sentía una gran preocupación. Sentía la carga emocional de esos conceptos de familia tan marcados que habían estructurado en mí. Y un día, a los seis meses de que naciera mi hija, me quedé sin trabajo. Ahí se quebró todo. Ese día dije: ‘Yo no tengo por qué cargar con esto sola’”.

Mucho antes de que eso sucediera, siendo una niña de unos cinco años –trigueña, de contextura liviana, tímida, nerviosa–, se ve caminando junto a su papá, Erasmo González, por las calles del pueblo y las veredas. Lo ve reunido con amigos y gente reconocida del pueblo, hablando de lo que más le preocupa y le apasiona: la conservación de la selva. Hablaban de deforestación y de contaminación. Hablaban de los efectos del cambio climático en el futuro, allá por los años 80, cuando el calentamiento de la Tierra aún se veía como un tema lejano, desconocido. “Si alguien hablaba de eso en aquel tiempo, pues era considerado loco”. Ese liderazgo de su padre se le fue metiendo en la sangre y empezó a trazar su propia historia.

“En mi familia, nuestro lema siempre ha sido hacer la paz con la naturaleza, porque ese también ha sido un eslabón que ha afectado la violencia; no solo fue lo social. Ellos hablaban de la necesidad de hacer procesos no solamente de adaptación, sino también de mitigación. Hablaban de conservar el agua

y los bosques. Eso aquí parecía una locura porque por todos lados había agua, por todos lados había bosque; nunca pensaron que, en serio, se podía acabar. Todo el mundo los tachaba de locos”, cuenta Isabel. Así nació la Fundación Tierra Viva, creada formalmente en 1993. “Ese trabajo se vio un poco frustrado como a inicios del 2000 por todo el tema de violencia”, cuenta Isabel.

La Comisión de la Verdad narra que hacia 1978 llegó el M-19 a Belén y estableció allí escuelas de formación política y militar. En los años ochenta, fueron las FARC-EP. Y a finales de los noventa, las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). En ese momento la guerra alcanzó su mayor nivel de crueldad y degradación. “Todo comenzó a oscurecerse –dice Isabel–. La guerrilla empezó a hacer tomas. Entonces llegó el Ejército y se acantonó justo en uno de los lugares que había sido declarado ecoparque, reserva. No se pudo volver a hacer procesos de siembra ni de protección de humedales, porque los que salían al monte, al campo, eran considerados guerrilleros. La gente del campo ya no podía llegar al pueblo porque tenía ese mismo estigma”. Los paramilitares impusieron, además, prácticas de violencia extrema.

A 30 kilómetros de Belén, las AUC convirtieron el colegio Monseñor Gerardo Valencia Canoa de Puerto Torres en un centro de entrenamiento, “en el que enseñaban no solo las técnicas de combate o instruían en formación política, sino que se impartían clases de tortura, desaparición y asesinatos”¹, escribió la Comisión de la Verdad. Muy cerca de allí, también, instalaron una pista de aterrizaje. La guerra hervía. En el año 2022 se registró el mayor desplazamiento masivo en Belén desde 1985: unas 1.550 personas lo dejaron todo para huir de las confrontaciones.

.....
1. Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición, *Hay futuro si hay verdad. Informe final. Tomo 11, Colombia adentro: relatos territoriales sobre el conflicto armado*, vol. 2, Amazonia, 2022, 120.

En ese contexto es que Isabel dice que las cosas se pusieron difíciles para quienes defendían los derechos. La estigmatización avivó la violencia: todas las partes del conflicto señalaban a la población de colaborar con el enemigo. Se multiplicaron las amenazas, los desplazamientos, los asesinatos de líderes y lideresas, y los ataques desproporcionados contra las mujeres. Todo eso vivió Isabel con su familia. Por eso, en 2016, cuando las FARC-EP y el Gobierno firmaron la paz, disfrutaron con plena conciencia la calma que, aunque fugaz, se sentía en el pueblo. Pero al mismo tiempo, la selva empezó a arder: enormes porciones fueron deforestadas para criar ganado, sembrar cultivos de coca, construir carreteras. El fuego devoraba el bosque mientras la esperanza de paz se apagaba. En medio de ese contexto, Isabel dio luz a su hija y comenzó a enfrentar el momento más difícil de su vida. La caída y el volver a empezar.

“Todo lo que yo creía que tenía estable se perdió. Estaba difícil en tema de trabajo. Incluso hasta me costaba conseguir el alimento de mi propia hija. Entonces siento un llamado interno que me dice: ‘Bueno, si no soy yo, ¿quién lo va a hacer?’. Siempre mi vida estuvo rodeada de mucha gente que lo hacía todo. Y creo que eso se convierte en algo cultural: esperar a que alguien venga a salvarle la vida a uno”. Su primer acto fue colectivizar su dolor, nombrar lo que estaba viviendo, compartirlo. Empezó a acercarse a otras mujeres que también conocían el abandono, la crianza en soledad.

Según la Comisión de la Verdad, la persistencia del conflicto armado en Colombia se explica, en buena parte, por el machismo. El abandono es una cara de esa cultura patriarcal. Deja a las mujeres inmersas en una violencia económica que las hace aún más vulnerables. Sentirse así fue lo que llevó a Isabel a unirse a otras mujeres, a trabajar para sostenerse juntas. Y ese fue el origen de la Asociación de Mujeres Emprendedoras Ayakuná que fundó. “Si bien ya sabíamos cómo defendernos en el territorio, cómo caminar



nuestros territorios y nuestras comunidades, no sabíamos muy bien de qué íbamos a vivir”.

Ayakuná nació en 2019 y, para finales de 2025, reunía a 85 mujeres amazónicas, muchas de ellas víctimas de la guerra o madres solteras. Su propósito era recuperar la autonomía económica a partir de los recursos que el territorio les provee. Querían aprovechar los frutos del bosque y, al mismo tiempo, promover su cuidado y regeneración. Ayakuná, que en lengua quechua significa “espíritu del bosque”, era la posibilidad de generar ingresos sin romper el vínculo con el territorio que las sostiene.

La unión de las mujeres de Belén que han sufrido violencias se convirtió en la fuerza capaz de reconstruir tantos hilos rotos: la confianza, la tranquilidad, el cuidado, la vida en común. Ha sido refugio para aquellas que perdieron a sus esposos, que sufrieron el reclutamiento o la desaparición de sus hijos, que despidieron a familiares, vecinos y seres amados. Una parte esencial de ese proceso ha sido la apropiación de sus derechos. “El desconocimiento nos enjaula, pero el conocimiento nos permite mirar con otros ojos”, dice Isabel, y cuenta que, a través de “Sosteniendo la paz”, ha sido posible movilizar y socializar la política pública de la mujer: un decálogo de acciones, programas, estrategias y normas que garantizan sus derechos y previenen las violencias contra ellas. Recorrieron veredas y fincas, convocando a las mujeres a trabajar colectivamente para comprender e interiorizar esa guía. Se organizaron talleres para hablar de las violencias que las han marcado y de estrategias para protegerse, explorar ideas de negocios para ganar autonomía, reconstruir su trayectoria en líneas de tiempo y resaltar los hitos más significativos de su lucha.

Uno de esos hitos –que celebran con profundo orgullo, porque es el resultado de diez años de insistir, de negociar con varios gobernantes, de trabajar incansablemente– es la

apertura de la Casa de la Mujer de Belén de los Andaquíes, que se inauguró el 22 de noviembre de 2025. La lideresa Rosa Facundo ha estado ahí desde el comienzo. Cuenta que, en esta historia, fue clave el llamado de la Vicaría del Sur (grupo de la Arquidiócesis de Florencia) para que las mujeres del municipio se unieran y se organizaran. Rosa, lideresa desde siempre y concejal de Belén en 2010, se unió a la mesa de las mujeres y, desde allí, vio nacer ese sueño: “Necesitábamos un espacio de encuentro y empezamos a soñar con tener un lote, con que cada una podía aportar un ladrillo, una arena, o lo que fuera necesario para construir una casa de la mujer. Empezamos a solicitar el lote al municipio, pero no nos hacían caso. Siempre había evasivas y pretextos. Un alcalde que iba y otro que llegaba”.

Pasaron años. A pesar de las negativas, las mujeres (organizadas en la Mesa Municipal de Mujeres y en el Consejo Comunitario de Mujeres) seguían insistiendo: estudiaban, se formaban en liderazgo, construían nuevos planes. Además, inauguraron una tradición que les permitió expresar su fuerza colectiva. Empezaron a manifestarse en las calles. “En este pueblo nunca se marchaba ni se hacía nada de ese tipo; todo pasaba calladito. La primera marcha fue por la no violencia contra la mujer”, cuenta Rosa. Al mismo tiempo, la lucha por tener un espacio propio continuaba.

Lograron que el proyecto quedara incluido en los PDET (Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial), una medida del Acuerdo de Paz entre las FARC-EP y el Gobierno que busca transformar las zonas rurales más afectadas por la guerra. Uno de sus pilares está centrado en la reconciliación, la convivencia y la construcción de paz; en ese pilar se apoyaba el sueño de las mujeres de Belén. Finalmente, en 2025, la alcaldía les asignó un lote y, con el apoyo de OIM, KOICA y ART, comenzó a construirse una casa blanca y morada junto a un árbol de mamoncillos, que sería bautizada como “Alma Andakí”. El día de la inauguración, las mujeres dibujaron un

camino de flores que conducía hasta la casona, para honrar el trabajo y la constancia que llevó hasta allí.

La Casa de la Mujer será co-administrada por la administración municipal y por ellas. Será su lugar seguro para encontrarse, estudiar, fortalecer su voz, crear y seguir soñando. Soñar, como soñaba Isabel de niña, caminando por las montañas de Belén de la mano de su papá. Soñaba con vivir en una casa en medio del bosque, para cuidarlo, respirar su aire y estar en paz. Y ahí está, a sus 36 años, sentada en una silla de plástico de una casa en construcción en lo alto de la montaña, en un fragmento que convirtió en reserva y bautizó “Ater Tumti”, que significa “el cielo en la tierra”. Ahí está, en un salón sin ventanales que es su comedor, entre los juguetes de su hija esparcidos por el suelo.

Desde allí, Isabel mira la llanura amazónica que parece infinita y cuenta que en los últimos meses han avistado cerrillos, guaras, tigrillos pequeños, monos tití y voladores. Sonríe al decir que, desde ese lugar, que ella llama su templo, es posible ver los ríos voladores de la Amazonía, que describe como auroras boreales blancas y azules y grises; que todos los días frente a sus ojos pasan bandadas enormes de arrendajos –pájaros de plumaje negro y amarillo– y que ella no pierde el asombro. “En momentos en los que la estaba pasando muy mal, por mi salud mental, mi papá me traía aquí, cuando todavía no había nada construido, y me decía: ‘hija, cuando entiendas que todo está aquí, en este bosque, vas a encontrar la tranquilidad’”. Y ahí está Isabel, por fin, en su casa en la montaña, respirando despacio, sin otra pretensión que dejar que sus ojos abarquen el mar verde que tiene enfrente.



“

**Las mujeres son
fundamentales en la
reconstrucción del tejido
social; nunca se han rendido
y han sido capaces de
recomenzar, de recuperar la
vida social, a pesar de todo
y contra todo**

”

*Comisión de la Verdad, Mi cuerpo dice la verdad,
Informe Final.*

Capítulo 2

Huila



*El Huila ha llorado ríos de dolor
y, al mismo tiempo, sus montañas
engendran los ríos que sostienen
la vida... Algo tiene esta tierra, y
su gente, parecido a la fertilidad
de sus suelos: una capacidad
persistente para sobreponerse.*

Si se juntaran todos los cultivos que crecen en el Huila, más del 67 por ciento de sus 19.890 kilómetros cuadrados¹ se verían desde arriba como un tejido de colores. Este departamento, en el noroccidente de Colombia, tiene la forma de un valle largo y estrecho, encajado entre cordilleras y dibujado alrededor del río Magdalena, que ordena el paisaje y sostiene su vida productiva. Visto desde arriba, el Huila – una de las tierras más fértiles de Colombia– sería un tapiz de retazos de café, frijol, arroz, cacao, plátano, tomate, tabaco y maíz; de frutales como tomate de árbol, lulo, mora, granadilla y pitahaya. Sería una colcha pintada, sobre todo, de manchas densas de verde oscuro donde crece el café: su cultivo más común. El Huila también es un centro de exportación. En 2025, con 2,5 millones de sacos de 60 kilos cosechados por 87.700 familias², fue el principal productor de café del país. Allí, lo que no es cultivo es montaña, valle, desierto o páramo.

.....

1. Agronet – Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural, Huila, modelo de desarrollo productivo agropecuario en Colombia, consulta del 26 de diciembre de 2025, <https://www.agronet.gov.co/Noticias/Paginas/Huila%2C-modelo-de-desarrollo-productivo-agropecuario-en-Colombia.aspx>.

2. Gobernación del Huila, Celebramos el posicionamiento del Huila como primer productor de café del país, con base en datos de la Federación Nacional de Cafeteros, 2025, consulta del 26 de diciembre de 2025, <https://www.huila.gov.co/publicaciones/16455/celebramos-el-posicionamiento-del-huila-como-primer-productor-de-cafe-del-pais/>.

Sus bosques cubren casi el 30 por ciento del territorio; sus páramos y humedales se extienden por otro 5,9 por ciento. Son los que regulan el agua, la circulan, la producen, la preservan. Son también hogar de una enorme diversidad biológica: el Sistema de Información sobre Biodiversidad de Colombia ha registrado 7.819 especies en el Huila, casi el 10 por ciento de todas las conocidas en el país³. Esos bosques y esas corrientes son caminos que permiten a las especies migratorias moverse entre la Amazonía, el litoral Pacífico y la región Andina; hacen posible que la vida se reproduzca, que las semillas viajen, que llegue la alimentación, que se mantenga la conectividad ecológica, que la vida se sostenga una y otra vez.

En este territorio, además, ocurrieron hechos que cuentan el origen del conflicto armado en Colombia. Fragmentos que explican la guerra y su prolongación. El Huila es un corredor “estratégico”, un nudo de conexión: la puerta hacia el suroccidente del país y la Amazonía. Es una ruta de movilidad guerrillera histórica, para transitar, para escapar. Es un puente entre Caquetá y Cauca, dos regiones con una presencia guerrillera de décadas, y que conecta con los Llanos del Yarí y La Macarena, refugio histórico de las FARC-EP.

Allí reside la historia misma de su nacimiento: a mediados del siglo XX, campesinos del Huila y del Tolima se organizaron, acosados por la violencia y la persecución anticomunista. En 1964, esa raíz se convertiría en la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo (FARC-EP). Desde ese momento el Huila sería un territorio cruzado por su presencia, control e impacto directo. En los años setenta, se convertiría en la región con el mayor número de secuestros, para entonces uno de los métodos de financiamiento de las FARC-EP. Entre 1970 y 1978 uno de cada

3. Sistema de Información sobre Biodiversidad de Colombia (SIB), consulta del 16 de diciembre de 2025, <https://cifras.biodiversidad.co/huila>.

cinco secuestros cometidos por esa guerrilla ocurrían en el Huila, según datos de la Comisión de la Verdad⁴.

Durante años, el paramilitarismo se mantuvo al margen de este territorio, pero a comienzos de los años dos mil puso allí los ojos. En 2002, el Bloque Calima de las AUC ingresó con un objetivo preciso: arrebatarse a la guerrilla un corredor de movilidad y controlar las rutas del narcotráfico. Su presencia se tradujo en asesinatos selectivos, desplazamientos forzados y masacres como las de Pitalito y Suaza⁵. Hacia 2004, también hizo presencia un grupo paramilitar conocido como los Conquistadores del Yarí⁶.

Según las proyecciones del DANE para 2025, en el Huila viven 1,2 millones de personas. De ellas, 251.747 están registradas como víctimas del conflicto armado⁷. Una de cada cinco. Es un territorio que ha llorado ríos de dolor y, al mismo tiempo, sus montañas engendran los ríos que sostienen la vida. En el Macizo Colombiano –un territorio de alta montaña hecho de páramos y lagunas– nacen algunos de los afluentes más importantes de Colombia: los ríos Magdalena, Cauca, Caquetá y Patía. Algo tiene esta tierra, y su gente, parecido a la fertilidad de sus suelos: una capacidad persistente para sobreponerse.

4. Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición, *Hay futuro si hay verdad. Relatos territoriales sobre el conflicto armado. Región Centro, Colombia*, consulta del 16 de diciembre de 2025, <https://www.comisiondelaverdad.co/hay-futuro-si-hay-verdad>.

5. Centro Nacional de Memoria Histórica, *Bloque Calima de las AUC: depredación paramilitar y narcotráfico en el suroccidente colombiano, informe de la Dirección de Acuerdos de la Verdad*, Bogotá, 2017, <https://centrodememoriahistorica.gov.co/wp-content/uploads/2020/02/bloque-calima-auc.pdf>.

6. Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición, *Informe territorial Región Centro, Colombia*, 2022, 167.

7. Registro Único de Víctimas (RUV), consulta del 16 de diciembre de 2025, <https://www.unidadvictimas.gov.co/registro-unico-de-victimas-ruv/>.

En esta historia de violencia las mujeres han estado en el centro de la resistencia. La capitán Adriana Lizet Quintero Camacho, de la Unidad Policial para la Edificación de la Paz (UNIPPEP), recuerda los hostigamientos de la guerrilla desde que era muy niña. Nació en Teruel, Huila, el 13 de julio de 1990, en pleno dominio guerrillero. En medio de la zozobra, conserva otra imagen: la Policía llegando a su colegio para hacer jornadas de recreación, llevando algo de alegría y un respiro. Admiraba ese trabajo comunitario. Por eso decidió formarse como policía. Con esfuerzo, se convirtió en una de esas líderes que unen. Hoy acompaña a los firmantes del Acuerdo de Paz por parte de la exguerrilla de las FARC-EP en su proceso de integración a la sociedad.

Dice que el Huila ha logrado mantenerse en pie porque es “gente que trabaja, gente humilde, gente emprendedora y gente que de verdad quiere salir adelante”. Sobre todo, señala, le sorprende la fuerza de las mujeres. La fuerza de Erika Tatiana Pérez Gutiérrez y Malán Gutiérrez Cardoso, hija y madre, firmantes del acuerdo de paz, con quienes ha trabajado de la mano en Algeciras para reparar el daño hecho. O como Marinella Prada Cortés, otra lideresa de Algeciras de la que Adriana habla con admiración, porque convirtió el dolor en música que llama a la esperanza de otro presente y en cacao que alimenta.

“Que las mujeres sean tan fuertes en Algeciras tiene mucho que ver con que han sido las que más han sufrido”, dice la capitán Quintero. Mujeres que se sobrepusieron al dolor para decir: “No queremos una mujer más víctima de violencias”. Esa fuerza –colectiva, obstinada– ha sido capaz, también, de sostener la paz.



**Sostener la paz
firmando acuerdos**



La luz tenue del Teatro Colón de Bogotá recibió a los invitados: víctimas del conflicto, embajadores, representantes de organismos internacionales, magistrados, congresistas, medios de comunicación. En el escenario, dos filas laterales con las banderas de Colombia y, de fondo, una pantalla también con el amarillo, el azul y el rojo. En el centro, una mesa de madera pequeña y recatada, con un documento grueso sobre ella, otro pequeño banderín y una paloma blanca en la punta. En la parte de atrás, un grupo de personas sentadas en sillas de madera y, al frente, dos hombres de traje oscuro con una sonrisa nerviosa. Era 24 de noviembre de 2016.

El primero, el entonces presidente Juan Manuel Santos, tomó el micrófono: “Todos –absolutamente todos– sabemos que la paz nos devolverá la esperanza, la fe en el futuro y la posibilidad de tener un mejor vivir para nosotros y nuestros hijos. Ese gran objetivo común nos ha sido esquivo, a pesar de múltiples intentos hechos a lo largo de más de medio siglo. Pero los colombianos somos perseverantes”. Más tarde, Rodrigo Londoño Echeverri, máximo comandante de las FARC-EP, hizo su intervención: “Nuestra solidaridad con todas las víctimas de esta larga guerra, sea cual sea el bando al que hayan pertenecido, así como nuestra petición de perdón por las consecuencias que para ellos hayan podido provenir de nuestras manos”.



Dos meses atrás se había celebrado un plebiscito para refrendar el Acuerdo de Paz pactado entre el Gobierno y la guerrilla de las FARC-EP. Ganó el “No” por un corto margen (el 51,8 % votó “No” y el 49,8 % dijo “Sí”), a pesar de que los departamentos más golpeados por la violencia, como Chocó, Cauca, Putumayo y Córdoba¹, se pronunciaron a favor. El acuerdo tuvo que ser revisado y ajustado.

En el Teatro Colón se firmó el nuevo acuerdo en una ceremonia modesta que reflejaba la incertidumbre que vivía el país. Pero algo muy profundo estaba cambiando en la historia de Colombia. Luego de cuatro años de negociación, 13.609 excombatientes de las FARC-EP entregarían las armas y se comprometerían a contar la verdad sobre la guerra. Una guerra que protagonizaron durante más de cincuenta años, desde que en 1964 un grupo de campesinos armados fundó en Marquetalia, Tolima, la que sería la guerrilla más longeva de América Latina, en un contexto de violencia extrema marcado por los conflictos por la tierra y la exclusión del sistema político.

En ese momento, la vida de Erika Tatiana Pérez Gutiérrez (17 de septiembre de 1996) estaba a punto de dar un giro radical. Acabaría su historia en la guerrilla de las FARC-EP, donde había estado desde los 13 años, y comenzaría un arduo proceso para volver a ser y sentirse parte de la comunidad a la que pertenecía. Lo primero fue “marchar” hacia la Zona de Reserva Campesina (ZRC) del Pato-Balsillas, en Caquetá: “Íbamos muy preocupados, muy angustiados, porque no sabíamos a qué vida nos íbamos a enfrentar”, recuerda. Después se trasladó al ETCR (Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación)² de Miravalle, una vereda en San Vicente

1. Registraduría Nacional del Estado Civil, “Visor de histórico de resultados electorales - Plebiscito 2016”, Observatorio Electoral, (Consultado el 10 de marzo de 2026)

2. Los ETCR (Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación) son comunidades creadas por el Acuerdo de Paz para acompañar a los excombatientes en su tránsito a la vida civil. Allí desarrollan proyectos productivos, reciben capacitación y participan en procesos sociales.



del Caguán. Allí entregó las armas y comenzó la ardua tarea de rehacer la vida. “Fueron más o menos tres meses mientras se dio el proceso de desarme, mientras se dieron las actas de compromiso, mientras nos ajustaron como el tema legal de cédula, de tarjetas, de salud”, cuenta.

Lo que siguió fue dedicarse al estudio, convertirse en odontóloga, validar en la academia lo que había aprendido empíricamente en la selva para atender a sus compañeros. “Lo primero que hice fue validar el bachillerato: décimo y once. Luego me fui a Bogotá a hacer un técnico en salud oral. Y en el 2021 empecé la carrera de odontología”, cuenta Erika desde su casa en el municipio de Algeciras, Huila. Es un sábado, después de una semana intensa de estudio en la Universidad Antonio Nariño de Neiva, donde cursa el último semestre de odontología. Allí nació Erika en un momento en que las confrontaciones entre guerrillas, paramilitares y Fuerza Pública empezaban a intensificarse.

Algeciras está situado al oriente del departamento del Huila, recostado sobre la vertiente de la cordillera Oriental, en una franja que conecta los Andes con la Amazonía. Es un territorio alargado y angosto: 672 kilómetros cuadrados de montañas encadenadas, cumbres frías que superan los 3.400 metros, pliegues, laderas y abundante agua. Es, también, un territorio de conservación estratégica: el Parque Natural Regional Cerro Páramo de Miraflores, el Parque Natural Regional Siberia-Ceibas y el Parque Natural Municipal de Algeciras resguardan nacimientos de agua y ecosistemas de alta montaña como los páramos y el bosque altoandino. Esa condición de corredor ambiental y geográfico, y su cercanía con San Vicente del Caguán –que a finales de los años noventa fue “zona de distensión” durante un fallido proceso de paz– lo puso en un punto central de la guerra en el sur del país. Fue escenario de repetidas tomas armadas de las FARC-EP y, durante años, su nombre quedó asociado a la violencia.

Y, sin embargo, la población se mantuvo organizada y unida. Algeciras era la vida, el sustento y el hogar. Había que permanecer. Es tierra fértil donde, dicen sus habitantes, “lo único que no nace es lo que no se siembra”. De allí emergen, principalmente, frijol, aguacate, plátano y banano; también café y cacao, que en los últimos años han ganado reconocimiento por sus procesos asociativos y sostenibles. Es, además, un territorio con una fuerte vida comunitaria: sus veredas cuentan con juntas de acción comunal sólidas, que han construido con esmero sus propios planes de desarrollo y de vida. Hay comités de mujeres, de jóvenes, deportivos, culturales. La organización ha sido su forma de rehacer la vida en común

Para hablar de sus años en la guerra, Erika cuenta que estuvo dedicada un tiempo a “ayudar a las personas que no sabían leer y escribir. Enseñaba comprensión de lectura, matemáticas...”. Dice que ese instinto de educar la acompaña desde niña. Se describe así: “Soy de la línea de educación, siempre me ha gustado estudiar”. Por eso, después de firmar la paz se convirtió en coordinadora de un programa educativo llamado “Arando la Educación”, que acompañó a los excombatientes y a sus familiares a terminar sus estudios de primaria y secundaria.

Dejar las armas significó, además, el reencuentro con su mamá, Malán Gutiérrez Cardoso, también excombatiente. “En mi mundo personal la firma del acuerdo significó una manera de reencontrarnos con muchas personas, con nuestras familias, con nuestros amigos del colegio, con nuestros vecinos. Pero ese reencuentro generó un impacto tanto positivo como negativo”, dice Erika. Cuando habla de lo “positivo”, menciona la nueva vida con su mamá en Algeciras. Mientras estaban dentro de la guerra (Erika en la selva y Malán en el centro urbano de Algeciras), pasaron años sin saber la una de la otra.

Un día Malán recibió una noticia: “Me llegó una razón: que la podía ver, y yo lo dudaba. Pues armé maleta y me fui con los hermanitos de ella, nos fuimos todos. Fue hasta el papá que no convivía conmigo. Fue un reencuentro familiar”. Volvieron a encontrarse cuando se firmó la paz. “Se hizo un agrupamiento en Miravalle (Caquetá). Entonces fui, la vi y seguí conviviendo con ella ahí... Fue algo muy bonito”. Tuvieron que separarse por un tiempo y, finalmente, Algeciras las reunió. Erika regresó luego de estudiar un semestre de odontología en Neiva y de haber dado a luz a su hija. “Mi mamá me dijo que me viniera para cuidarme la dieta. Desde allí empecé a vivir acá. Ella es la segunda mamá de mi bebé. Mientras yo estudio, la cuida. Mi hija también le dice mamá”, cuenta Erika. Volvieron a ser una familia.

Erika y Malán querían ser parte del tránsito de su pueblo a la paz; acompañarlo a sanar, a reconstruirse. Pero no fue fácil, insisten. En 2023 Erika se convirtió en una de las fundadoras de la Asociación Nacional de Reincorporados de Algeciras, un grupo de 33 firmantes del Acuerdo de Paz que creen en la colectividad para generar cambios. “Desarrollamos iniciativas comunitarias, sin dejar de lado los proyectos productivos personales de cada uno. Cada uno tiene su mundo y algunos firmantes tienen su finquita, su café sembrado, su plátano. Pero la organización está enfocada en el desarrollo comunitario”, explica Erika.

En ese proceso de organizarse, de volverse una colectividad, la iniciativa Sosteniendo la paz les dio un impulso definitivo. “Por primera vez nos tuvieron en cuenta a los firmantes del Acuerdo de Paz para desarrollar un proyecto”, dice.

Con apoyo de la OIM, KOICA y la ARN, lograron tener una oficina propia y aprendieron las minucias de la formulación y gestión de proyectos. “No queríamos una oficina como cualquiera. Queríamos un espacio para reconciliarnos, para dialogar sobre nuestras necesidades y sobre cómo darles



solución entre todos”, cuenta. El camino fue largo. Una oficina de la Alcaldía parecía el lugar perfecto, pero durante años ese espacio había estado ocupado de manera irregular y no era accesible. Muchas organizaciones intentaron usarlo sin éxito. Después de muchos diálogos y negociaciones, la Alcaldía les cedió el segundo piso de esa oficina, y los firmantes lograron adecuarlo. Hoy, la oficina está a cargo de la Asociación Fundacional de Reincorporados de Algeciras (Asofunreal). “Este lugar nos ha permitido generar confianza para que la gente quiera articularse con nosotros”.

Su propósito es trabajar en proyectos comunitarios que beneficien a muchos. A finales de 2025 ganaron una convocatoria que los llena de ilusión. Buscan que algunos firmantes del acuerdo, que no han regresado a sus territorios ni contado su verdad por miedo a la estigmatización, puedan volver y presentarse ante su comunidad. La idea es empezar por acciones concretas: detectar una necesidad –pintar la escuela, por ejemplo–, socializarla, acordarla colectivamente y formar a personas de la comunidad para hacerla realidad juntos. La oficina se volvió un punto de encuentro. Allí comenzaron las conversaciones con las instituciones del Estado: la Policía, el Ejército. También llegaron la Alcaldía y las organizaciones sociales. Se presentaron. Convocaron a pensar otro presente en común. Están muy cerca, también, de las organizaciones de mujeres. Ahora trabajan en la creación de una escuela de incidencia política para ellas.

A Malán también la movía el deseo de reparar y de hacerlo colectivamente. Se unió a otras mujeres firmantes del acuerdo y a lideresas del territorio y crearon la Asociación Café Mujeres Mixtas Unidas por la Paz (Cafémuz), la única organización de mujeres firmantes que existe en el territorio.. Cafémuz es una torrefactora. Allí el café, propio y de otros campesinos se tuesta, se muele, se empaca. Además, son un espacio de aprendizaje: las incentivan a consumir su propio café, a transformarlo para que su valor crezca. Cafémuz

también ha sido un pretexto para conversar sobre la situación de las mujeres y concebir ideas. Es un espacio de incidencia política alrededor del café, que es su gran apuesta de vida.

Malán y sus compañeras comparten otro sueño: crear una escuela de mujeres de paz. “Ya nos hemos puesto a hacer pedagogía en las escuelas, a hablar del proceso de paz, porque muchos niños no lo saben. Mi sueño es que ellos nos puedan entender y que nosotras no seamos tan estigmatizadas como ahorita”.

Malán recuerda a una mujer que conoció en un encuentro comunitario y que, desde el primer momento, le dijo que no estaba dispuesta a compartir con ella. Siguieron coincidiendo en varios espacios hasta que un día, en una conversación, la mujer le dijo con franqueza: “a nosotros nos ha faltado que nos preparen, que nos hagan pedagogía para poder estar en estos espacios y no sentir rencor”.

Por eso, Malán insiste en que la educación es esencial para sostener la paz. Ella y Erika coinciden en que el acuerdo de paz debió contemplar espacios y procesos de sanación para quienes firmaron y para la comunidad. “Uno entiende a la población víctima, ¿no? Ellos tienen su dolor, su rencor, este ha sido un municipio muy afectado por el conflicto”, dice Erika y repite que es esencial tramitar todo ese dolor. El Informe Final de la Comisión de la Verdad señala que la estigmatización es una de las causas que explica la persistencia del conflicto armado en Colombia. Asegura que ha sido un “mecanismo de construcción del enemigo” y que, a partir de esa idea, se han cometido violencias de todo tipo contra la población.

La capitán Adriana Quintero, quien ha trabajado junto a Erika, Malán y otras mujeres firmantes del acuerdo para recuperar la vida en comunidad, confiesa que para ella fue una sorpresa entrar en esas vidas, asomarse a sus historias y comprender, poco a poco, cómo se habían ido forjando.

“Empieza uno a humanizarlas porque, en realidad, uno no sabe qué les pasó, qué las llevó a estar ahí. Al principio se sentía como una barrera de parte y parte, porque además eran las personas con las que combatíamos, pero ya estamos del mismo lado. Es necesario estar abierto para cambiar esa mentalidad”.

Para Malán, la educación es la primera cura para la estigmatización. “Yo siempre he dicho que no voy a descansar hasta que Algeciras no sienta ese rencor que se sigue sintiendo”, dice. Y en ese propósito no está sola: junto a ella hay, especialmente, un grupo de mujeres firmantes, de la Fuerza Pública y de la sociedad, que comparten el mismo sueño.



**Sostener la paz
desde el canto
y la siembra**



Dice que su nombre lo eligió su papá, Gabriel Prada, porque así se llamaba una artista famosa del siglo pasado: Marinella (15 de septiembre de 1974). A su hermana menor, Marlene, también le puso el nombre siguiendo el mismo criterio. Gabriel, un campesino del Tolima y enfermo por la música, aspiraba a que, al nombrarlas así, sus hijas crecieran con ese fuego que a él lo recorre cuando tiene un micrófono y una guitarra en las manos. “Decía que ojalá a sus hijos les gustara la música porque la música crea gente sensible”, cuenta Marinella, lideresa de múltiples causas en Algeciras, Huila.

En una grabación hecha por su padre, que todavía conserva, Marinella Prada Cortés tiene tres años y canta música campesina, la misma que escuchaba salir de la boca y de las manos de Gabriel. Aprendió a tocar la guacharaca. A los nueve años empezó a participar en concursos. Más adelante, junto a su padre, crearon el grupo “Marinella y su trío Imperial”, que viajó por varios festivales: el Mono Núñez, en el Valle del Cauca; el Colono de Oro, en Caquetá; el Festival de la Parranda, en el Valle.

“Mis inicios en los temas sociales fueron desde chiquita, con la música. La música me hizo conocer muchos sitios, muchas realidades y personas”, dice. Hoy hace parte de colectivos y asociaciones de constructores de paz, de cultivadores de cacao y de mujeres. Esa última causa -la

defensa de los derechos y la vida de las mujeres– le mueve algo muy profundo y atraviesa, también, su música. “Soy mujer, ya no soy esclava ni reina, sé muy bien cuál es mi papel a conciencia, ya no soy tu sexo inferior, tengo iguales derechos que tú, con la fuerza de mi plenitud te canta mi alma...”, dice en una de sus canciones. Esa conciencia tomó otra dimensión tras el episodio más difícil de su vida: ver morir a su hermana.

Marinella llegó a Algeciras a los 13 años, cuando su mamá, Leonor, y su papá, Gabriel, decidieron dejar Aipe, otro pueblo del mismo departamento, porque la violencia los había arrastrado. En Algeciras, el café les permitió hacer una vida. Ese territorio les dio otra oportunidad como familia, sí. Pero también fue el lugar donde la tristeza tomó su forma más honda.

El 27 de noviembre de 2002, la vida de la familia Prada Cortés se partió. Tenían una cacharrería donde vendían comida, implementos de aseo y otras “chucherías”, como dice Marinella. La encargada de atenderla era su hermana menor, Marlene. Un día, mientras ambas caminaban hacia el negocio, un estruendo las dejó, de pronto, en el vacío. Siete balas alcanzaron a su hermana, de 23 años, y un hijo de seis. Marinella, embarazada, recibió un disparo en la pierna izquierda. “Fue un momento muy difícil, imagínese, yo fui al hospital con mi pierna lacerada, digámoslo así. Se me partió la tibia, el peroné, estaba embarazada y con mis hijos chiquiticos, de 7, 5 y 3 años”, recuerda. Marlene murió al instante.

“Nunca supimos ni el motivo ni la razón. Tampoco preguntamos, por evitar más tragedias... En esos días hubo muchos asesinatos de mujeres”, dice Marinella. Recuerda que se sentían bajo sospecha permanente por atender en la cacharrería a todos los clientes, sin distinción. “Al negocio que teníamos llegaba toda clase de personas... Se atendía a todo el que llegara a comprar sus cositas”. Años después, cuenta Marinella, un exmiembro de la guerrilla reconoció

públicamente la responsabilidad de ese grupo en la muerte de Marlene y de otras mujeres de Algeciras, acusadas injustamente de colaborar con el bando contrario.

En su Informe Final, la Comisión de la Verdad afirma que las mujeres fueron uno de los grupos de la población más golpeados por la guerra. Que ellas –y las personas disidentes sexuales y de género– padecieron violencias específicas, desmesuradas, solo por ser quienes eran. Además, el informe habla de las violencias continuadas que recaen sobre ellas. El capítulo “Mi cuerpo es la verdad” revela que cuando una mujer sufre una violencia una vez, es muy probable que vengan otras. Las mujeres entrevistadas por la Comisión registran, en promedio, entre dos y tres violaciones de sus derechos. Nada es aislado. Las violencias, dice el informe, están relacionadas unas con otras: las de la infancia, las familiares, las de la comunidad, las de la guerra¹.

Los grupos armados dominaron, violentaron y desgarraron sus cuerpos, su libertad, su dignidad, como una manera de dominar los territorios, rasgar el tejido social para apoderarse de todo. Hasta de sus propias vidas. En Colombia, las mujeres también han sido esenciales en la reconstrucción de una sociedad sumida durante tanto tiempo en la guerra, como señala la Comisión de la Verdad; “nunca se han rendido y han sido capaces de recomenzar, de recuperar la vida social, a pesar de todo y contra todo. Las organizaciones de mujeres y de lideresas han roto el círculo vicioso de las violencias. Frente a tanta muerte y destrucción, declaran su no contundente a la guerra, su resistencia pacífica y su defensa colectiva de la vida y la dignidad”².

1. Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición. (2022). *Hay futuro si hay verdad: Informe Final* (p. 18). Comisión de la Verdad. Disponible en <https://www.comisiondelaverdad.co/hay-futuro-si-hay-verdad>

2. Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición. (2022). *Hay futuro si hay verdad: Informe Final* (p. 13). Comisión de la Verdad. Disponible en <https://www.comisiondelaverdad.co/hay-futuro-si-hay-verdad>



Marinella dejó de cantar. La voz que coreaba canciones como “Colombia de mis amores” y “Campesino colombiano”, un vals y un merengue, respectivamente, compuestos por su papá, se la había llevado la tristeza. En esos años un nuevo mundo se abrió para Marinella: comenzó a comprender el tamaño de la herida que la guerra estaba dejando en su pueblo. “Me di la oportunidad de conocer otros dolores”, dice.

Un día la invitaron a conocer la Asociación de Mujeres Víctimas Constructoras de Paz y Desarrollo de Algeciras (Amudelhuila). Le dijeron que una psicóloga las visitaría y que harían una terapia con canto. Allí estuvo para darse cuenta de que “tenía muchos dolores reprimidos”. Desde el momento en el que el mundo se vino abajo, Marinella evitaba llorar para que sus hijos no sufrieran. En silencio, el dolor se fue alojando en ella y se volvió cotidiano, un peso que nunca dejaba de cargar.

Pero el día en que aceptó la invitación de las mujeres de la asociación de víctimas no tuvo que esconderse más. Después de escuchar a otras, pudo hablar. Hablar, llorar, cantar y, también, empezar a sanar.

“Allá me di cuenta que yo no era la única, que mi familia no era la única que la guerra había impactado de esa manera, que hay mujeres muy fuertes, muy poderosas, con una escucha muy bonita. También vi la gran necesidad de seguir aprendiendo y conociendo más sobre nuestros derechos y nuestras responsabilidades. Me preguntaba qué más se podía hacer por ayudar a la gente porque la guerra seguía. Ahí fue que conocí la música social”.

Marinella convirtió a la música en su lenguaje para decir todo lo que había guardado, para imaginarse un destino diferente para su familia, para su pueblo, para su país. “Yo hoy día canto música con mensajes de que hay que resistir,



de que hay que seguir en unión, de que hay que seguir en comunidad”.

Conoció otras asociaciones de víctimas y de mujeres, iba a reuniones y escuchaba con atención, estudiaba los derechos humanos y se interesaba, con especial atención, en aquellos que protegían a las mujeres. Se convirtió en una lideresa de todas las causas que buscaban vidas más dignas y sin violencias para ellas. En los innumerables encuentros en los que participaba, la casa de la mujer siempre era un anhelo. Con Sosteniendo la paz están muy cerca de que un espacio que les fue cedido se convierta en un auditorio para seguirse formando, para recibir acompañamiento psicológico, para seguirse acompañando.

Con los años, con el esfuerzo y el trabajo y la curiosidad incansable por comprender más y mejor a su país, Marinella se convirtió en coordinadora de la Mesa Municipal de Participación Efectiva de las Víctimas. Desde allí, está acompañando un proceso que también era un viejo anhelo de Algeciras: que su municipio sea reconocido como víctima de daño colectivo del conflicto armado.

La ARN, OIM y KOICA los acompañaron, a través de un profesional en memoria histórica, a juntar las piezas de su historia para comprender en profundidad lo que la guerra les había hecho. En ese ejercicio comprendieron que ser reconocidos oficialmente como un sujeto de reparación colectiva, es decir, como víctimas de hechos que dejaron una herida compartida, es un camino largo que ya están recorriendo dos agrupaciones de víctimas.

Una de ellas representa el caso conocido como “los patrulleritos”. Ocurrió el 12 de noviembre de 1990, un lunes festivo, según la reconstrucción del Centro Nacional de Memoria Histórica. Cerca de Algeciras, en la vereda Piedra Sucia, una caravana ciclista regresaba al pueblo cuando

fue atacada por el Segundo Frente de las FARC-EP. En una camioneta de la Policía, sin distintivos, viajaban niños del programa de policías civiles juveniles. Una carga de dinamita sacó el vehículo de la carretera. Luego vinieron ráfagas de ametralladora. Murieron seis niños de entre nueve y catorce años. Para no olvidar, sobre la cruz del altar mayor de la iglesia de Algeciras fueron dibujados sus rostros.

La segunda reclama por un hecho ocurrido el 26 de junio de 2000. El Frente 13 Teófilo Forero de las FARC-EP atacó el casco urbano de Algeciras con cohetes y granadas de mortero, según la investigación del Centro Nacional de Memoria Histórica. La estación de Policía y la iglesia quedaron, de pronto, reducidas a polvo y escombros; la Alcaldía, el Banco Agrario y varias casas guardaron en sus paredes agrietadas la memoria de ese lunes triste. Durante meses, las ruinas ocuparon la plaza central. “El parque principal de Algeciras ha visto muchas fiestas sampedrinas y muchos momentos felices, pero también ha visto de frente la guerra. La Policía queda en toda una esquina”, explica Marinella.

Rescatar la memoria ha sido un ejercicio constante de Algeciras. Sosteniendo la paz también las acompañó a sistematizar y clasificar la información y los objetos que el Museo de Memoria y Paz –un salón dentro de la Casa de la Cultura– ha acumulado en años. “No teníamos una metodología bonita para explicarle al público qué eran esos objetos, quiénes fueron esas personas, por qué están esos elementos ahí. Pero nos dimos cuenta que esa parte técnica y organizativa era fundamental para contar lo que queríamos”, explica Marinella.

Para ella, convertirse en lideresa significó también trabajar junto a los firmantes de paz, que anhelaban devolverle a Algeciras algo de lo que habían arrebatado: tranquilidad, sentido de comunidad, confianza. Junto a ellos y a ellas, junto a la Policía, el Ejército y asociaciones que defienden

diferentes causas, crearon lo que Marinella siente su mayor orgullo: el Festival por la Vida y por la Paz, un espacio donde la vida en común recobró sentido. “Después de los acuerdos, Algeciras vivió una gran burbuja de paz, digámoslo así... Me di la oportunidad de hacer un trabajo social con los firmantes de paz. No creía que fuera fácil compartir un espacio con personas, incluso del mismo pueblo, que hicieron tanto daño. Desde ese momento empecé a verlos como seres humanos, como padres, como madres de familia, como hermanos. Escuchándoles sus historias, uno dice: vea, claro, la guerra nos ha fracturado a todos”.

Ese es –dice Marinella– el trayecto que Algeciras sigue recorriendo para encontrar la paz como comunidad. “Siento que Algeciras es un lugar bondadoso, solidario, resiliente, al abrirle la puerta a los firmantes. Pero necesitamos un momento de perdón”. La Comisión de la Verdad sostenía que el perdón es un acto individual, íntimo, que no tiene por qué estar ligado a la reparación, ni a la verdad ni a la justicia. Marinella cree que su pueblo necesita más espacios de reflexión y encuentro consciente, donde quizás el perdón pueda ocurrir. Pero, sobre todo, donde la búsqueda principal sea la reconciliación y la capacidad de volver a vivir juntos. “Yo sé que no es fácil”, dice. “No es fácil. Pero tampoco es imposible”.



*Escanea el código para escuchar la
interpretación de Marinella*

“

Esta nación tiene la riqueza conmovedora de su pueblo, la multiplicidad de sus expresiones culturales, la profundidad de sus tradiciones espirituales y la tenacidad laboral y empresarial para producir las condiciones que satisfagan la vida anhelada

”

*Comisión de la Verdad, Convocatoria a la paz grande,
Informe Final.*

Capítulo 3

Tolima



Las palmas de cera son símbolo de la fuerza del Tolima: han permanecido en pie pese a décadas de deforestación, quema y violencia. Tal vez de ellas la gente del Tolima heredó la persistencia, esa voluntad silenciosa de seguir enraizando futuro aun cuando el viento sopla en contra.

Hay una montaña madre en el Tolima. Una cumbre de 5.276 metros sobre el nivel del mar, incrustada en la cordillera Central, de figura cónica y pendientes abruptas. Un cuerpo antiguo y masivo que comenzó a formarse hace más de un millón de años. Tiene un cráter volcánico de unos 180 metros de diámetro y una punta blanca que se ha ido desvaneciendo sin remedio. Es el Nevado del Tolima. Para los indígenas pijao tenía un valor sagrado; lo llamaban Dulima, “río de nieve”, cuando todavía el blanco lo bañaba abundante y alimentaba sin pausa los ríos que caen a los valles. Desde mediados del siglo XIX, Colombia ha perdido el 91 por ciento de su superficie de hielo. El blanco del Tolima pasó de 8,6 a apenas 0,45 kilómetros cuadrados¹. Así se ve el desequilibrio ambiental del planeta, que pone en riesgo el acceso al agua, la regulación del clima y, también, la cultura de un pueblo.

Desde el Nevado del Tolima, este departamento se despliega entre dos cordilleras –Central y Oriental– que lo contienen y lo conectan con el resto del país. Este territorio de 23.562 kilómetros cuadrados, habitado por 1,3 millones de personas, se extiende por páramos, valles y bosques remotos que han sido cuna de vida y también de dolor. Ser el vaso

.....
1. Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales (IDEAM), “Nevado del Tolima”, sección de Ecosistemas e Información Ambiental – Glaciares, consultado el 19 de enero de 2026, <https://www.ideam.gov.co/nuestra-entidad/ecosistemas-e-informacion-ambiental/glaciares/nevado-del-tolima>.

de comunicación del centro del país con el suroccidente le dio las condiciones para acumular historias de fundaciones y despojos, de disputas y pérdidas, de persistencias. Y, en el medio, la tierra.

La Comisión de la Verdad reconstruyó esa historia de colonización. Los primeros pobladores descendían de pueblos como los Ambigües, Quimbayas y Pijaos. Llegaron remontando el río Magdalena, el mismo que después usaron los españoles para invadir y esclavizar a estas comunidades; los Pijaos resistieron con tenacidad. El siglo XX trajo la colonización cafetera y el encuentro de grupos indígenas y colonos provenientes de Antioquia, Boyacá, Cundinamarca, Cauca y Nariño. Los antioqueños regaron el café hacia el sur y nació el sistema de haciendas, que acumuló riqueza y explotó mano de obra. Así se gestó la tensión que en 1920 detonó los primeros procesos de movilización por el derecho a la tierra².

Los años cincuenta llegaron con “La Violencia” entre liberales y conservadores y el nacimiento de grupos guerrilleros liberales y comunistas. Esa fue la semilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia–Ejército del Pueblo (FARC–EP), fundadas en 1964 en la vereda de Marquetalia (corregimiento de Gaitania, municipio de Planadas, sur del Tolima): la guerrilla que no soltaría las armas durante sesenta años y no dejaría el Tolima nunca. Después llegaron el Movimiento 19 de abril (M–19) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN). Y en los años ochenta, en el auge del narcotráfico y de los cultivos de amapola, se asentó el paramilitarismo, con el grupo Rojo Atá que prestaba “servicios de sicariato, vigilancia de tierras o seguridad privada” a las

2. Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición, *Hay futuro si hay verdad. Relatos territoriales sobre el conflicto armado. Región Centro, Colombia*, p. 41, consulta del 15 de enero de 2025, <https://www.comisiondelaverdad.co/hay-futuro-si-hay-verdad>.

mafias³. La década de 1990 fue la del avance paramilitar y la creación del Bloque Tolima de las AUC. No había día sin nuevas víctimas. El Registro Único de Víctimas reconoce en el Tolima a 363.376 personas. El 92 por ciento fueron desplazadas⁴.

La paz también está enraizada en el Tolima. Allí, en 1996, se firmó el primer acuerdo de paz de la región liderado por una comunidad étnica. El resguardo Nasa We'sx de Gaitania y la guerrilla de las FARC–EP hicieron un pacto para proteger la vida de la población civil y el territorio, en medio de una guerra que se volvía cada vez más hostil. La iniciativa nació del pueblo Nasa. Enviaron una carta al comandante de la zona y le propusieron dialogar. Ese fue el origen de uno de los mayores hitos de resistencia civil del país frente a la guerra. El acuerdo redujo la violencia, frenó el desplazamiento, transformó la vida comunitaria y fortaleció el gobierno propio y la autonomía. La tierra volvió a ser próspera y el café vistió la montaña. Además, este hecho sembró una idea en Colombia: es posible sacar a un pueblo de la guerra por la vía del diálogo⁵.

A unos 60 kilómetros de Gaitania está Chaparral, el más extenso de los 47 municipios del Tolima, con 2.124 kilómetros cuadrados, referenciado en la memoria nacional por el nacimiento de tres presidentes de la República: José María Melo, Manuel Murillo Toro y Darío Echandía. Chaparral lleva esos tres nombres incorporados a su discurso identitario. Así se ve en una plaza de su centro histórico, que podría

3. Unidad de Análisis “Siguiendo el Conflicto”, *Dinámicas del conflicto armado en Tolima y su impacto humanitario*, Boletín # 62, Fundación Ideas para la Paz (FIP), Bogotá, julio de 2013, p. 7, <https://storage.ideaspaz.org/documents/5b4f7483ae722.pdf>

4. Registro Único de Víctimas (RUV), plataforma con datos oficiales sobre víctimas del conflicto armado en Colombia, consultado el 19 de enero de 2026, <https://www.unidadvictimas.gov.co/registro-unico-de-victimas-ruv/>.

5. Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición, *Hay futuro si hay verdad. Relatos territoriales sobre el conflicto armado. Región Centro, Colombia*, p. 161, consulta del 15 de enero de 2025, <https://www.comisiondelaverdad.co/hay-futuro-si-hay-verdad>.

considerarse grande en comparación con municipios de tamaño similar. Allí se exhiben sus bustos con la misma relevancia que en otras plazas ocupan los próceres de la Independencia.

Y, en el medio, la tierra abundante del Tolima: bosques andinos, páramos, bosque seco tropical, humedales de altura, bosques ribereños y selvas bajas. Para conservarlos, se han declarado 72 áreas protegidas, entre ellas tres Parques Nacionales Naturales. En estas áreas nacen ríos y viven especies que no existen en ningún otro lugar. El Sistema de Información sobre Biodiversidad de Colombia registra en el departamento 8.803 especies: el 11 por ciento de las observadas en el país; 697 son endémicas⁶. Entre las especies de flora sobresale un árbol de un solo tallo, de entre 20 y 60 metros de altura, que tarda décadas en reproducirse: la palma de cera (*Ceroxylon quinduense*), árbol nacional de Colombia. Su mayor población está en el Tolima: más de un millón.

Las palmas de cera son sobrevivientes. Se mantuvieron en pie tras décadas de deforestación, quema y violencia armada. Tal vez de ellas la gente del Tolima heredó la persistencia. Así ha logrado sostenerse en pie la lideresa indígena María Ximena Figueroa Olaya, que usa el conocimiento ancestral de su pueblo para defender a las mujeres y la población LGBTIQ+ de Chaparral, a quienes la guerra quiso borrar y terminó empujando a existir con más fuerza. También sigue en pie María Esilda Ramírez Gómez, que encontró en el tejido la voz que les había sido negada a ella y a muchas mujeres campesinas de Herrera, en Rioblanco. Han sido pacientes y han sabido insistir, como ese millón de palmas.

.....
6. Sistema de Información sobre Biodiversidad de Colombia (SIB), perfil de biodiversidad del departamento del Tolima, consulta del 19 de enero de 2026, <https://cifras.biodiversidad.co/tolima>.



**Sostener la paz con
el conocimiento
indígena**



El patio enorme de la casa de sus abuelos maternos – Margarita Sogamoso y Marciano Olaya, indígenas pijaos–, en Ortega (Tolima), parecía una pintura revuelta de cafés, amarillos, naranjas, morados, verdes y todos los colores que las plantas medicinales saben dar. María Ximena Figueroa Olaya (25 de mayo de 1979), lideresa indígena del pueblo Pijao del Tolima, creció allí entre los olores y el misticismo de la hierbabuena, la manzanilla, el anís, el toronjil y la valeriana. Con paciencia, mientras acompañaba a sus abuelos a arreglar el huerto o a preparar una bebida, fue aprendiendo a reconocerlas, a nombrarlas, a atribuirles unas propiedades.

“Mi abuela materna siempre nos enseñó, desde la espiritualidad, el manejo del tabaco, la siembra, cómo coger la hoja –cuenta–. Alrededor del tabaco y de la casa estaba la chacra medicinal. Nos enseñó las plantas medicinales dulces y las plantas medicinales amargas. Como vivían al borde del río Cucuana, también nos enseñó a estar cerca del río”. También era común que la abuela la llevara de la mano a asambleas y encuentros comunitarios, junto a su hermana gemela, María del Pilar.

En vacaciones visitaban a los abuelos paternos –Rosa María Ángel Yanguma y Florencio Figueroa Méndez–, en la comunidad indígena Matora de Maito, en Chaparral, al sur del Tolima. Allí, acompañan a la abuela a las reuniones que convocaba la comunidad para organizarse, para hablar sobre



sus derechos, para reconocer sus necesidades y ponerse de acuerdo en la forma de actuar. En Ortega, donde pasaron los primeros años de la niñez, su mamá y su papá hacían lo mismo: llegar con las niñas a los encuentros que convocaba el pueblo. Muy rápido reconoció el poder de lo colectivo.

Las comunidades indígenas del sur del Tolima la vieron crecer en las reuniones y empezaron a notar en ella un ímpetu especial. Fueron delegándole funciones, como tomar notas, escribir actas y organizar archivos; más tarde empezaron a pedirle que fuera su vocera en encuentros regionales; después se convirtió en secretaria y vocera nacional.

“Esa voluntad de ayudar, de cooperar sin esperar nada de cambio, me ha identificado desde muy pequeña”, dice. Luego cuenta que, en esas visitas a la finca de la abuela materna, a donde también llegaban sus primos, la comida se ofrecía como la cultura pijao lo enseña ancestralmente: en una batea grande se servían las porciones de la comida seca –la mazorca, la carne, la yuca, la auyama cocida–, y en totumos se ponían las sopas, el sancocho, la colada, la mazamorra. Ahí, al pie del fogón, tuvo la primera noción del compartir. “En la cocina nace el conocimiento –dice–. Se aprende a interpretar el fuego. Pero también ahí mi abuela nos enseñó muchas cosas de la cultura pijao”.

María Ximena pertenece a muchos lugares. Su ombligo y su placenta están enterrados en Bogotá. Su mamá, embarazada de gemelas, viajó hasta allí para someterse a una cesárea. Los primeros años de su niñez los vivió en Ortega, en casas del campo que sus papás cuidaban. Allí, en las noches calladas de la montaña, aprendió cómo suenan la guerra y el miedo. “Nosotras estábamos pequeñas y pasaban motos alrededor de la casa donde vivíamos. Esas motos suenan muy duro, muy duro. Pasaban a la medianoche. Mi mamá decía que no podíamos hacer ruido. Ellos gritaban feo, daban malas palabras... Al otro día, cuando amanecía, a las 5:30, que ya era



entre claro y oscuro, van los vecinos y dicen: ‘no, que mataron al vecino de allá y lo tiraron al río’. O: ‘a una familia completa la desaparecieron’”.

El miedo se volvía desesperación cuando se escuchaban helicópteros volar bajito. Cuando las balas de grupos de todos los bandos cruzaban de cerro a cerro. “Cuando eso sucedía, mi mamá ponía una sábana blanca en la antena, un retazo de tela blanca, grande y satinada, para que vieran que había casas, que vivía gente”, cuenta María Ximena. Esas escenas vuelven frecuentemente. El temor también. “Usted dice que la guerra ya pasó, pero usted siempre queda con situaciones en su mente, en su cuerpo, ¿sí?, que hay que escondernos, que no se puede salir. Uno queda con prevenciones”.

En 1995, la guerra entró directo a su casa con el asesinato de su tío Sebastián, que las quería y las cuidaba con esmero. A eso se sumó el mayor temor de la familia: las FARC-EP –el actor armado responsable del mayor número de casos de reclutamiento de menores de 18 años– empezó a acercarse a las gemelas. Decidieron irse de Ortega y buscar una vida en Chaparral; también iban tras el rastro de los abuelos paternos.

En 2001, María Ximena se convirtió en la primera mujer indígena joven en gobernar la comunidad de Matora de Maito. Tenía 22 años. Había empezado a estudiar contaduría. Un año antes había sido elegida Joven del Año por su defensa de las mujeres. Para ese momento, ya había visto mucho recorriendo las veredas de Chaparral, escuchando a las mujeres del campo que apenas tenían comunicación con el mundo exterior, que oían por primera vez sobre derechos humanos, violencias de género, participación política. María Ximena se empeñó en entender y en luchar contra la violencia machista. Al mismo tiempo, fue testigo de los peores años de la violencia que el conflicto armado sembró en Chaparral. Vio cómo las mujeres y la población LGBTIQ+ sufrían los impactos más crueles y profundos.



La historia de Chaparral está marcada por una violencia antigua. El Centro Nacional de Memoria Histórica explica que veredas como El Limón, Irco y Chicalá, se convirtieron en los primeros núcleos de resistencia comunista para los años 50¹, motivados por la persecución oficial y de conservadores. Una década más tarde fueron las FARC-EP las que se arraigaron en esas montañas y utilizaron zonas como el Cañón de las Hermosas para moverse, abastecerse y controlarlo todo. Diez años después fueron los paramilitares, que llegaron con incursiones temporales y brutales para sembrar el terror fugazmente. Usaron los asesinatos selectivos contra personas de sectores LGBTIQ, habitantes de calle, consumidores de droga y trabajadoras sexuales como mensajes para “corregir” y “limpiar” a la comunidad; para implantar su autoridad “heterosexual y viril”².

En Chaparral, la guerra se metió en los cuerpos y las identidades diversas. Según la Comisión de la Verdad, en 1991 se documentó el primer desplazamiento forzado de una mujer trans y, después, una persecución sistemática: guerrilleros que rapaban a mujeres trans antes de obligarlas a irse, casi siempre rumbo a Bogotá³.

Desde 1999, algunas respondieron con reinados de belleza en las calles, ocupando el espacio público del que querían borrarlas. Uno de los más conocidos fue el Reinado trans del río Tuluní, que nació en un paseo de olla en el 2000. Con el tiempo, se volvió una estrategia de resistencia política y cultural que desafiaba los prejuicios sociales y el orden

1. Centro Nacional de Memoria Histórica, *De los grupos precursores al Bloque Tolima (AUC)*, Informe No. 1, Bogotá, 2017, p. 46.

2. Centro Nacional de Memoria Histórica (2018), *Un carnaval de resistencia. Memorias del reinado trans del río Tuluní*, Bogotá, CNMH, pág. 100

3. Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición, *Hay futuro si hay verdad. Relatos territoriales sobre el conflicto armado. Región Centro*, Colombia, p. 158, consulta del 15 de enero de 2025, <https://www.comisiondelaverdad.co/hay-futuro-si-hay-verdad>.

moral impuesto por los grupos armados. En palabras del Centro de Memoria Histórica, mujeres trans y hombres gays se apropiaron de una geografía de libertad para “exigirle al mundo visibilidad, derechos e igualdad”⁴. Lo hicieron con arte y belleza. Pero la fiesta fue acallada con amenazas, panfletos y transfeminicidios.

El carnaval pasó a la clandestinidad. Y durante mucho tiempo no se habló de esa historia ni de la que siguió, porque la violencia no paró. Contra ese silencio, contra el olvido y contra la discriminación y vulneración histórica de esta población, organizaciones sociales, con el apoyo de ART, OIM y KOICA, realizaron procesos de sensibilización y formación en los colegios rurales. Fueron a hablar de temas que no se tocan en comunidad: de diversidad de género y sexual, de identidad, de libertad. Insistieron en que no hay una sola forma de sentir y habitar el cuerpo, repitieron que ninguna puede ser castigada. Todo este relato, además, está marcado por la estigmatización y la represión estatal por tratarse de un pueblo con una historia larga en la guerra. Lo querían dominar porque era extenso y difícil de abarcar –es el municipio más grande del Tolima, con 2.124 kilómetros cuadrados y una población estimada de 55.128 habitantes– y porque su posición lo hacía clave.

A principio del nuevo siglo, cuando la guerra estaba en su fase más devastadora, María Ximena era una joven lideresa de la que se hablaba por su talante, por su determinación y por su vocación de proteger a los más vulnerados. Se formó en una escuela de liderazgo de la gobernación del Tolima y empezó a conocer a otras mujeres que, como ella, estaban dispuestas a gritar las injusticias y a movilizarse para encontrar soluciones. Recuerda, por ejemplo, aquella vez en que varias veredas se quedaron incomunicadas luego de un aguacero que arrastró

4. Centro Nacional de Memoria Histórica (2018), *Un carnaval de resistencia. Memorias del reinado trans del río Tuluní*, Bogotá, CNMH, pág. 192



tajos de montaña y tapó los caminos. “Fuimos con un grupo de mujeres a hablar con el alcalde y no nos atendieron ni nos pusieron cuidado. Entonces dijimos: ‘Nos tocaba venir con muchas mujeres para que nos presten atención’. Y fuimos”, cuenta.

Esa experiencia les sirvió también para convencerse de que debían conformar organizaciones sociales campesinas y de mujeres, que les sirvieran como plataforma para luchar. Se fueron unieron y creando colectivos. Luego, juntaron la fuerza de esos grupos y para 2004 crearon formalmente algo más grande y potente: la Red de Mujeres Chaparralunas por la Paz.

“Antes, las mujeres campesinas no venían al pueblo – explica María Ximena–. Estaban siempre allá, en el campo. También por el conflicto no salían. No estaban formadas; había muchas mujeres que no tenían conocimiento de cómo funcionaba una alcaldía, ni el Estado. Nosotras decíamos que había que replicar el aprendizaje de la escuela de liderazgo. Entonces decíamos: ‘vamos a esta vereda, y a esta, y a esta’. Y las mujeres nos esperaban”. Al mismo tiempo, era madre de Álvaro, a quien tuvo a los 26 años. Y no renunciaba a su sueño de estudiar. Años más tarde se convertiría en administradora de negocios internacionales de la Universidad del Tolima y cursaría una maestría en construcción de paz.

Cuando llegaban a las veredas, convocaban a las mujeres a conversar “alrededor del fogón en los tambos”, como describe María Ximena⁵ esos encuentros en los que hablaban de derechos humanos, de violencias de género, de autonomía, de liderazgo. María Ximena insistía en que la pedagogía es la única manera de vencer el machismo, esa violencia histórica que las perseguía. “La mujer es discriminada y ponen en

5. Figueroa, Ximena, trabajo de grado, Universidad Nacional de Colombia, 2009, consulta del 16 de enero de 2026, https://www.bivipas.unal.edu.co/jspui/bitstream/10720/289/6/D-322-Figueroa_Ximena-2009-113.pdf.

duda su capacidad para toma de decisiones y de liderazgo en espacios organizativos”, escribió María Ximena⁶ en un texto para la Universidad Nacional.

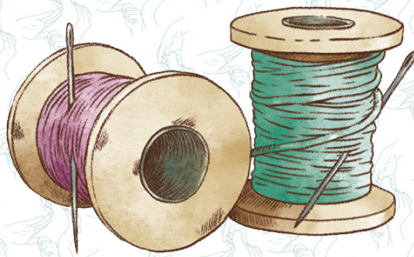
“Sosteniendo la paz” apoyó esa idea. Viajaron por 12 comunidades indígenas de Chaparral reuniendo, hablando, escuchando, circulando el conocimiento para que las mujeres del campo aprendieran sus derechos irrefutables y los defendieran. “Hicimos varios círculos de la palabra con las mujeres de las comunidades indígenas para entender sus derechos colectivos, sus derechos como mujeres y como mujeres indígenas”. Se encontraban para conversar sobre el territorio, sobre la autonomía y la autodeterminación. Se preguntaban por el rol de las mujeres en la permanencia de los pueblos. Se unían en torno a la ritualidad, a la espiritualidad.

Los círculos de la palabra comienzan con una armonización, un ritual de apertura de un espacio colectivo. Un grupo de mujeres dibuja en el suelo una espiral o una figura circular utilizando plantas, granos, flores y otros elementos. También hay agua y fuego. Hay una limpieza del espacio con plantas, se invita a las mujeres a rodear la figura y se les pide plantear las intenciones de su participación.

“Se utiliza toda una diversidad de plantas medicinales que permiten reafirmar el primer territorio nuestro, que es el cuerpo de las mujeres –explica María Ximena–. Se preparan baños sobre plantas amargas como la ruda y la altamisa. Y plantas dulces como la albahaca, la manzanilla, la menta, el poleo y el abrecaminos. Se maceran y se hace el preparativo, ¿sí? El vapor que sale de esa preparación limpia el aura, el cuerpo”. Y, entonces, se abre la palabra.

6. Figueroa, Ximena, trabajo de grado, Universidad Nacional de Colombia, 2009, consulta del 16 de enero de 2026, https://www.bivipas.unal.edu.co/jspui/bitstream/10720/289/6/D-322-Figueroa_Ximena-2009-113.pdf.





**Sostener la paz
con el tejido**



Una hilera de pequeños bordados cuelga en una columna. El primero: una casa anaranjada y roja bajo un cielo azul claro. En la esquina, un arcoíris. Abajo, un campo tupido de flores amarillas, moradas y rosadas. Y un camino. “Esta era la casa de mi madre, donde ella atendía partos y hacía diligencias con sus plantas medicinales”, dice María Esilda Ramírez Gómez (3 de febrero de 1963), lideresa del sur del Tolima, señalando el bordado sostenido por un bastidor de madera. Sigue: “Ahí están la caléndula, las flores de dalia, el cilantro, la cebolla, todo lo que daba la huerta. Este caminito viene desde la calle... Mi mamá era una líder en la familia y en la comunidad, sabía mucho de botánica”.

El cuadro, de unos diez centímetros, fue hecho por Yenny Edelmira Mendieta, bordadora, una de sus tres hijas. La otra, Sandra Lisbed, teje en macramé: hace figuras trenzando hilos y formando nudos, en lugar de usar aguja. La tercera, Diana Marcela, es cafetera. Es un viernes de noviembre de 2025. En el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación de Bogotá se inaugura la exposición “Un viaje al pluriverso de paz”, que reúne los tejidos de las mujeres del sur del Tolima. En 2013, María Esilda fundó Asomeht –la Asociación de Mujeres Emprendedoras de Herrera Tolima– junto a sus hijas, sobrinas y vecinas.

Ni en las montañas altas y lejanas de Herrera –un corregimiento de Rioblanco, al sur del Tolima, de donde



viene María Esilda- el frío es tan penetrante y seco como el bogotano. Por eso, para ese día tan importante, se pone unas medias de lana bajo un vestido rosado, sobrio y elegante, y un abrigo negro. Está emocionada. En las paredes del principal museo de memoria del país están exhibidos los tejidos que ella y las mujeres del sur del Tolima han creado durante años, como si fueran un diario. María Esilda fue maestra de muchas de ellas, les entregó el conocimiento heredado de sus abuelas, su mamá y sus tías, y convirtió los encuentros de tejido en espacios de duelo y celebración, memoria y denuncia, activismo.

Si se abriera la puerta de la casa de hilo naranja que enseña el bordado, allí estaría su madre, Elvira Gómez, junto al fogón, rodeada de mujeres y de sus 14 hijos. Era partera, yerbatera, curandera, consejera, modista. “Ella tenía un huerto medicinal y mandaba las yerbitas para que la gente se curara. Ayudaba mucho a las mujeres, sobre todo a las del campo, que sufren mucho”, cuenta María Esilda.

Si pudiera mirarse a través de las ventanas de hilo negro y blanco, quizá aparecería María Esilda siendo niña, atenta a su mamá, escuchando con cuidado las conversaciones íntimas que las mujeres le confiaban y aprendiendo las cualidades de las plantas. Luego, podría verse a la adolescente y a la joven, con una aguja y un hilo, siguiendo las instrucciones que las monjas Laurita de su escuela dictaban en clase. María Esilda creció viendo a su mamá ser lideresa día y noche: ayudar, entregar. Y un día estaba ahí, haciendo lo mismo: trabajar por los derechos de las mujeres y la gente del campo. Pero eso sería muchos años después, cuando ya era madre de tres hijas y había pasado por la separación de su pareja. Buscando sobrevivir, casi sin darse cuenta, empezó a sumarse a colectividades: asociaciones de padres de familia, organizaciones comunitarias, grupos de mujeres.

“Comencé a trabajar en el comité de asuntos femeninos en un programa del gobierno para familias guardabosques, empecé a mirar que había mucha violencia hacia la mujer – cuenta-. Entonces yo recordaba lo que mi mamá decía, que las mujeres teníamos que trabajar para no tener que pedirle al esposo todo, que nosotras debíamos tener autonomía y no estar esperando a que los hombres nos dieran todo porque a veces no tenían o, así tuvieran, lo trataban mal a uno”.

Con ese pensamiento, fue abriéndose un espacio en su comunidad. Fue secretaria durante varios periodos de la Junta de Acción Comunal de su vereda. Al mismo tiempo, para hacer algún dinero, empezó a dar clases de bordado. Y mientras daba instrucciones sobre cómo insertar el hilo en la aguja, iba metiendo en la conversación temas de derechos humanos, derechos de las mujeres, violencias de género, autonomía económica.

Más abajo, en la misma pared del Centro de Memoria, hay un árbol frondoso bordado en múltiples tonos de verde y café. Al lado derecho, en la base del tronco, se ve un jardín de flores. Al lado izquierdo, una casa blanca bajo la sombra. “Este árbol queda en todo el centro de nuestro corregimiento y se llama actualmente el árbol de la vida. No se llamaba así, se llamaba todo lo contrario, el árbol de la muerte. Él ha visto y ha sentido todo lo que nos ha sucedido”, dice Sandra Lisbed, hija de María Esilda.

“Es un samán. Lo trajeron los primeros colonizadores que llegaron del Valle del Cauca y lo plantaron ahí, a la salida para Planadas. Yo creo que puede tener más de 90 años”, explica. Junto al samán, hay una placa con una frase de María Esilda: “Testigo mudo de hechos de violencia y de la inclemencia del conflicto en Herrera. Pero nosotros, como las plantas, nos aferramos a la tierra que nos sostiene y nos alimenta para ser resilientes y dar vida, sombra y protección”.

En la casa tejida en blanco, junto al árbol, vivía una mujer que ganó fama de chismosa por vigilar quién entraba y salía de los bares cercanos. Esa “zona de tolerancia”, explica María Esilda, es obra de los colonos de Antioquia, del Viejo Caldas, del Huila y del Cauca, que fundaron el caserío en 1931. “Lo primero que fundaron fue la zona de tolerancia – cuenta-. Traían a las mujeres del Valle, les ponían su cantina, las convertían en sus novias”.

Luego dice que la mujer de la ventana se convirtió en un personaje emblemático de la historia de Herrera. Así como el árbol de la vida.

El árbol estuvo ahí cuando por Herrera comenzaron a cruzar todos los grupos armados, porque era el camino que llevaba al Pacífico. Estuvo presente cuando llegaron las guerrillas liberales –los Limpios– en los años cincuenta, y cuando en los sesenta surgieron las FARC-EP en Marquetalia –a setenta kilómetros de allí– y Herrera se volvió su refugio y hogar. Por esos caminos andaban sin apuro. “Yo veía que mandaban a mis primos ya grandes en caballo por mercado o por medicamentos, y de pronto algunos volvían a la casa y otros se quedaban en el monte. Yo estaba muy pequeña, pero ya entendía. Uno iba viendo”.

Más tarde llegarían los paramilitares a disputar ese territorio fértil y bien situado. De esos tiempos, recuerda María Esilda. “Por todos lados había cultivos de amapola. La guerrilla cobraba vacuna por un lado, y por el otro, los paras. Era difícil”. Un día llegaron las amenazas a su casa. Una hija tenía un puesto de arepas; la otra, una cafetería. Tuvieron que irse. Bastaba con tener un negocio público como esos para levantar sospechas.

“En el árbol de la vida asaltaban. Los caballeros salían de los bares borrachos y los robaban. También había gente a la que lastimosamente mataban”, cuenta María Esilda. Hubo



un tiempo en que el árbol se secó y se quedó sin verde, sus raíces estaban enfermas. Entonces las mujeres se juntaron y construyeron una jardinera en su base para protegerlo. Y así ha ido sanando lentamente. “Este árbol ha sido transformado de la muerte a la vida, así como nosotros, así como nuestro territorio y nuestras gentes. Lo hemos resignificado”, dice su hija Sandra Lisbed.

Después de que la guerrilla de las FARC-EP y el Gobierno firmaron la paz en 2016, María Esilda empezó a hacer activismo por el cumplimiento del acuerdo. La convocaban a reuniones para aprender sobre convivencia y paz, y para discutir cómo llevar lo firmado a la realidad. Muy rápido entendieron que la paz era frágil. En los dos años siguientes a la firma, unos cinco feminicidios en su pueblo las alertaron. Decidieron salir a la calle y gritar que no hay paz si las mujeres siguen siendo violentadas. Marcharon un 25 de noviembre, Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra la Mujer, y siguieron haciéndolo cada año.

En un encuentro, María Esilda recuerda haber dicho en voz alta una idea que la rondaba desde hacía tiempo: necesitaban un centro de integración para la mujer, un lugar donde atendieran a quien estuviera en riesgo, las capacitaran y las recibieran con sus hijos. Al mismo tiempo, con otros líderes del municipio, empezó a investigar qué había pasado con una casona abandonada en el centro de Herrera que antes había sido la Casa de la Cultura. La propuesta fue cambiando en las conversaciones. “Ahí todos hablamos y acordamos que se necesitaba un comedor para los abuelos, juegos, menaje... que quedara como un centro de integración, no específicamente para la mujer, sino como un centro de integración general. Porque en Herrera no hay un salón comunal”, dice María Esilda.

Con el programa “Sosteniendo la Paz” pudieron dotar la casa y recibir capacitaciones para organizarla y administrarla.

La casa volvió a abrirse. Empezaron a reunirse allí los presidentes de las juntas de acción comunal; el cabildo indígena y el resguardo instalaron una oficina; se realizaban jornadas institucionales. Hoy, niños y niñas llegan a pedir balones y uniformes prestados, a recibir clases de ajedrez y música. Se ofrecen cursos de panadería y confección. Hay un comedor comunitario. “La casa es un espacio para que los niños ocupen el tiempo libre y no vayan ni al consumo de psicoactivos ni detrás de grupos armados”, dice María Esilda. En sus reflexiones, María Esilda recuerda que las montañas y los ríos de Herrera –el Saldaña, el Hereje– atestiguaron la violencia día tras día. Pero recalca que también han sido testigos del esfuerzo de su pueblo por sobreponerse. “Esas montañas nunca dejaron de ser cultivadas. Sobrevivió la caficultura, la agricultura, porque acá la gente es muy trabajadora”.

En el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, María Esilda le habla a un público atento a sus palabras. Es locuaz. Divertida. Habla con desparpajo y honestidad de su experiencia de vida. “Mis papás anduvieron mucho por el país. Mi mamá, por ejemplo, viene de la cultura valluna y antioqueña. Era bordadora”, cuenta. Fue entonces ella, Elvira Gómez, quien dio la primera puntada que hoy tiene a María Esilda y a las mujeres de Herrera en esta exposición.

Cuando habla de tejer, nombra palabras como “sanar”, “dibujar la paz”, “hilar emociones”. Dice que el bordado es terapia y, también, una forma de autonomía, economía y libertad. Dice que cada vez que termina un trabajo, siente que ha creado una “obra maestra”. Por eso, hoy quiso estar elegante: en estos muros está la gran obra maestra de las mujeres de Herrera.



Reflexión final¹

Antes de que estas historias pudieran contarse, antes de que los espacios comunitarios, las Casas de la Mujer y los lugares de memoria aquí narrados fueran una realidad, hubo un trabajo largo y cuidadoso con las comunidades del Caquetá, el sur del Tolima y el municipio de Algeciras, en el Huila. Ese camino comenzó mucho antes de poner la primera piedra de una obra o alguna actividad de formación: empezó con la decisión de sentar en una misma mesa a distintos actores comprometidos con cuidar la paz acordada. La pregunta esencial era qué se necesita para sostener la paz en territorios con heridas profundas y comunidades persistentes.

Ese trabajo implicó definir prioridades, llegar a acuerdos y trazar un plan para que obras y proyectos colectivos – imaginados durante años, a veces durante décadas– dejaran de ser ideas y se volvieran hechos. Así se concibió “Sosteniendo la paz”. Este programa partió de las necesidades que las comunidades venían expresando a través de los Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial (PDET), creados por el Acuerdo de Paz. En particular, de proyectos que hacían parte del Pilar 8, centrado en los procesos de reconciliación, convivencia y construcción de paz que las comunidades reclaman para evitar que la violencia vuelva.

“Sosteniendo la paz” priorizó 137 de estas iniciativas y abrió un proceso de diálogo para acordar, con las comunidades, cómo materializar esas propuestas. Lo hizo a través de fases de

.....
1. Ejercicio realizado a partir de testimonios de integrantes de la OIM y de la Unidad Policial para la Edificación de la Paz (UNIPEP) que participaron en el proyecto “Sosteniendo la paz”.

alistamiento técnico, focalización de la población, mapeo de organizaciones, validación comunitaria con muchos actores y planes de sostenibilidad. La obra física fue el soporte. La esencia estuvo en la escucha activa, la concertación y el fortalecimiento de las capacidades de la gente, para que los procesos perduraran.

En este recorrido participaron múltiples manos: de la OIM, de la ART (y otras entidades como la ARN y la UARIV) y de un aliado fundamental, la Unidad Policial para la Edificación de la Paz (UNIPEP), dependencia creada en la Policía Nacional de Colombia, en el marco del Acuerdo de Paz. ¿Qué aprendizajes deja un proceso así? ¿Qué permanece cuando el proyecto termina? Para cerrar este libro, quisimos escuchar sus voces.

“Sostener la paz” fue un proceso...

De caminar un sendero tejido en la palabra viva, memorias y gestos.

Cada paso ha dejado lecciones: el diálogo que cura fracturas; la participación comunitaria, que recuerda que la paz germina desde las acciones cotidianas; la articulación entre lo institucional y lo territorial, que da cuerpo a los esfuerzos colectivos; y la memoria que, al honrar las huellas de la historia, ilumina el sendero hacia futuros más justos.

De cultivar, día a día, lo común.

De despojarnos de prejuicios, tratar a las comunidades con respeto, de manera horizontal. Conocer su cultura, dinámicas, historia, necesidades y propósitos.

De mirar a la gente a los ojos y decirle: “síntese y miremos cómo sacamos esto adelante”.

Sobre todo, de escuchar: escuchar sin juzgar, escuchar con sinceridad.

Las comunidades esperan que se les involucre y consulte, de comienzo a fin.

Nada está escrito. Cada camino es diferente. Muchas veces se debe replantear la ruta o volver a comenzar, con la seguridad de que juntas lo construimos y juntas lo sacamos adelante.

Construir compromisos y honrarlos, cumpliendo lo que prometemos y cuidando lo que decimos.

Y en el centro, la paz...

Que se construye desde lo cotidiano: desde la organización comunitaria, la minga, el encuentro y la palabra compartida.

Que no es un destino fijo, sino un pulso vivo que se sostiene en la conversa, en la escucha y en la capacidad de transformar las diferencias.

Que es anhelada por familias enteras que han sufrido mucho y que hoy, con esperanza, se atreven a creer que vale la pena dar y darse otra oportunidad.

Que las mujeres han buscado sin descanso, empezando por actos de perdón y reconciliación entre ellas mismas.

Por la paz, ningún esfuerzo es menor.

“Sostener la paz” permitió...

Superar desconfianzas entre comunidades e instituciones.

Reafirmar el valor del liderazgo juvenil como motor de cambio.

Resaltar la importancia y la potencialidad de la ruralidad para el país.

Reconocer la diversidad cultural del país, armonizando las propuestas con los saberes tradicionales de los grupos étnicos.

Reconocer el trabajo de prevención y la apuesta por la convivencia pacífica territorial por parte de la Policía Nacional.

Hacer concertaciones, superar diálogos incómodos, no desistir.

Abrir caminos donde la vida, por fin, pueda estar primero.

Ver los ojitos de las mujeres trabajando por la paz.

Que víctimas y excombatientes trabajaran juntos: uno de los logros más significativos del proceso.

Escuchar los discursos de niños, niñas y adolescentes que evocan esperanza, que invitan a insistir en trabajar colectivamente.

Mirarnos a los ojos para reconocernos en la humanidad: el acto de dignidad más grande.

